

HISTORIAS DE CIL



COLECCIÓN ARABES

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE de los NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y de uso para las B. Circulantes
Premiadas en la Exposición de Leipzig

**HISTORIAS
DE TILL**



OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT.

El censor,

Dr. Vicente Peña Hortal,
Pbro.

Barcelona, 27 de abril de 1927

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega
de la Lorena

Canciller-Secretario

91,25

HISTORIAS DE TILL EULENSPIEGEL

RELATADAS A LOS NIÑOS

ILUSTRACIONES DE
L. ÁLVAREZ

29.179



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO	VII
I.—NACIMIENTO Y PRIMERAS HAZAÑAS DE TILL.	9
II.—TILL BUSCA EMPLEO	23
III.—TILL ABANDONA EL CAMPO	37
IV.—TILL QUIERE SENTAR LA CABEZA	45
V.—EL BUHO Y EL ESPEJO	57
VI.—NUEVOS OFICIOS DE TILL	63
VII.—NUEVAS AVENTURAS	79
VIII.—TILL HOMBRE DE CIENCIA.	89
IX.—COMO SE ENMENDABA TILL	101
X.—DE UN PAIS A OTRO	111
XI.—ULTIMAS TRAVESURAS Y MUERTE DE TILL.	123

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El asno y el catedrático *Frontis*

	<u>Páginas</u>
...cortó la cuerda en que...	15
...degeneró en singular pelea,...	35
...sabes lo que has hecho?...	48
—Ilustres camaradas en el divino arte...	67
...hizo de repente sonar el cuerno...	83
...volvía las hojas con la lengua...	92
...tal fué el susto...	105
...golpeó los cacharros hasta que...	122

PRÓLOGO

El héroe de las presentes Historias no es un personaje imaginario. Según las más autorizadas Enciclopedias germanas, y conforme puede leerse en los estudios bibliográficos que llevan muchas de las múltiples ediciones del libro cuya adaptación sigue, el travieso Till ha existido realmente, aunque no pueda decirse a punto fijo en qué época y lugar. En 1515, Th. Murner, sin más trabajo, según confesión propia, que recoger de labios de unos y otros aventura tras aventura, compuso el relato de las de Eulenspiegel, que, más o menos completas, conocían ya entonces todos los moradores de la Baja Alemania, por habérselas contado sus abuelos, quienes, a su vez, las oyeran referir a los suyos o a sus bisabuelos, dándolas siempre como auténticas

de un sagaz campestre de aquellas tierras.

La obra de Murner, de quien sólo sabemos hoy que escribió las Hazañas de Till y que fué un poeta ingenioso y fácil, alcanzó un éxito tan grande como merecido; así que en poco tiempo vieron la luz numerosísimas versiones de las aventuras de Eulenspiegel, alternando con reiteradas y copiosas ediciones del primitivo relato, que es el que, por fin, se impuso, el elegido por nosotros y el que conquistó una popularidad sin límites en Alemania, donde no hay niño que no se deleite con su lectura, ni persona mayor a quien su recuerdo no le haga sonreír, rememorándole los felices días de la infancia.

Seguros estamos de que la adaptación que hoy damos de este libro excepcional será igualmente acogida con entusiasmo por los pequeños lectores de habla española, como lo fué por los de Inglaterra, Francia, Italia y demás países en que ha sido traducido, pues las interesantes y divertidas historias que contiene son a propósito para cautivar a toda la gente menuda de la tierra.

HISTORIAS DE TILL

CAPITULO I

NACIMIENTO Y PRIMERAS HAZAÑAS DE TILL EULENSPIEGEL

En un caserío inmediato a la aldea sajona de Kneitlingen, vino al mundo Till.

A los pocos días de nacido, sus padres, Claudio Eulenspiegel y Ana Wibke, lleváronle al pueblo para bautizarle, habiendo podido lograr del alcalde que accediera a ser su padrino.

Efectuada la ceremonia religiosa, trasladóse la comitiva, según costumbre, a una cervecería ; y tanto se bebió allí a la salud del nuevo cristiano, que todos salieron del establecimiento más o menos monas ; no es de extrañar, pues, que la persona que tenía el encargo de

llevar el niño, lo dejara caer en una charca a los pocos pasos. Por fortuna, no se ahogó nuestro héroe; pero sacáronle en tal estado del barrizal, que llegando a casa hubo que fregarle materialmente con estropajo y jabón, aclarándolo después en agua limpia; por manera que quedó la impresión de que Till fué bautizado tres veces: una en la pila de cristianar, otra en el charco y la última en la palangana.

En cuanto Eulenspiegel supo andar, comenzaron sus travesuras; la primera maldad fué nuncio de ininterrumpida serie, que llevaba trazas de no terminar jamás; no se estaba quieto un momento y todo lo revolvía, de suerte que más parecía mico que humana criatura. Al cumplir los seis años, era el golfillo más revoltoso que cabe imaginar, por cuya razón odiábale todo el pueblo, siendo continuas las quejas que del vecindario recibía su pobre padre.

Este se amoscó al fin y cierto día, cogiéndole de un brazo y sacudiéndole colérico, le dijo:

—Pero, ¿qué mil demonios es lo que haces, que todos trinan contra ti?

Sin inmutarse, el muchacho replicó :

—No hago ni digo nada que esté mal. Lo que hay es que se me tiene ojeriza. Créeme, padre. Y si no, haz la prueba. Tómame a la grupa de tu caballo, y te aseguro que, aun yendo allí quieto y sin decir palabra, me insultarán al verme pasar.

Accedió el padre, y montado salió a recorrer el pueblo, llevando a la grupa al chico. Este, en cuanto veía aparecer un vecino levantábase las sayas y le enseñaba las posaderas, con lo cual ellos apresurábanse a tratarle a gritos de golfo, pilluelo, indecente y sucio, adornando esos adjetivos con otras lindes oratorias de igual jaez.

Till, lloriqueando, dijo entonces a su padre :

—¿Ves cómo, sin que yo haga nada censurable, se me insulta?

—Aparentemente—reconoció el padre—, tienes razón ; pero no me fío del todo llevándote detrás.

Y colocósele delante.

A Till no le importó ni un comino el cambio de lugar, pues se puso a hacer tales mo-

mos y ademanes a los que pasaban, que cuantos acertaron a cruzarse con ellos continuaron tratándole de granuja, desvergonzado y puerco.

En vista de lo cual, el bueno del padre hubo de decirle apesadumbrado :

—No acierto a explicarme por qué te insultan sin motivo ; solamente cabe suponer que naciste con mala estrella.

* * *

Algún tiempo después fuéronse a vivir al pueblo de donde su madre era oriunda. Allí quedó huérfano de padre, y con mayor libertad, por tanto, para holgar y divertirse mortificando al prójimo.

Era costumbre de aquel lugar, cuando un vecino mataba el cerdo, invitar a comer un potaje o un asado a todos los chicos de la aldea.

Habiéndole tocado el turno a un compadre muy tacaño, a regañadientes preparó un mal comistrajo, haciéndolo tan desabrido que los muchachos no se determinaban a comerlo. Mas el roñoso vecino no contaba con Till, quien dijo a sus camaradas :

—No es suficiente protestar; hay que escarmentar a esta gente, por avaros.

Y, siguiendo las instrucciones de Eulenspiegel, entre todos cogieron al ama de la casa y la encerraron, engulléndose luego en un santiamén el asado que preparado tenía a la lumbre para ella y su esposo.

Cuando a sus anchas paladeaban el succulento manjar, llegó de improviso el amo, que empezó furiosamente a repartir palos y bofetones, sin cuidarse de mirar quién los recibía.

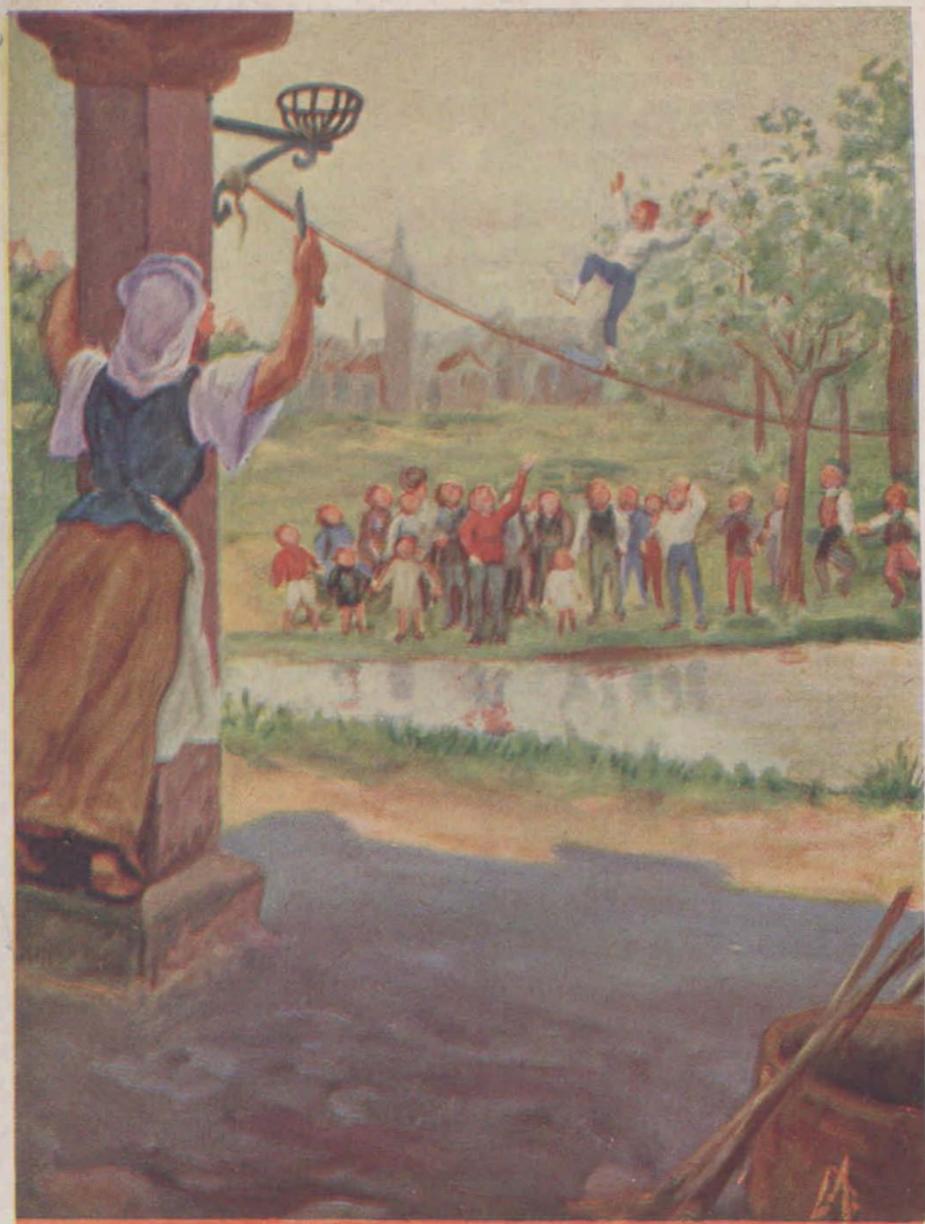
Juró Till desquitarse de los que le tocaran en suerte, a cuyo efecto no tardó en combinar un plan. Y resuelto a ponerlo cuanto antes en práctica, proveyóse de algunos mendrugos, y con ellos, abundante cordel y una navaja en el bolsillo, encaminóse a la casa del odiado vapuleador, saltó la tapia del corral y se dirigió al gallinero. Una vez allí, cortó el bramante en pedazos, atando a los extremos sendos mendrugos, que presentó a las gallinas. Estas no tardaron en secundar sus propósitos: cacareando alegremente, cayeron sobre los mendrugos, que se pusieron a picar con pres-

teza, muy lejos de imaginarse los pobres animales que, debido al ingenioso procedimiento de Eulenspiegel, quedarían por parejas aprisionados. Cuando el travieso chiquillo comprendió que ya habían tragado lo suficiente para no poder soltar el cordel, fué cogiéndolas poco a poco y se las llevó tranquilamente a su casa, ufano de la fechoría.

* * *

A pesar de que, por ser su madre pobre, Eulenspiegel vivía misérrimamente, al cumplir dieciséis años no había pensado aún en elegir oficio. Acosado por la necesidad determinóse por fin a aprender uno, decidiendo, contra la voluntad de su madre, hacerse volatinero.

Cuando llevaba ya algún tiempo de aprendizaje y ejercicios, anunció a los demás chicharrones que en su presencia iba aquel día a «estrenarse», y cogiendo una maroma la tendió por encima de una laguna que a la salida del pueblo había. Una vez sobre la cuerda púsose a hacer inconcebibles gestos y equili-



... cortó la cuerda en que...

brios para divertir a la poco selecta concurrencia, que estalló en alaridos y carcajadas. Sorprendida por el barullo la madre de Till asomóse a la ventana, y viendo que era su hijo el promotor de aquel escándalo, trémula de indignación cogió un cuchillo, y echándose a la calle, cortó la cuerda en que se contorsionaba Eulenspiegel, que cayó al agua.

Viéndole en remojo, sus camaradas se le acercaron y mofáronse de él, diciéndole :

—Como que hacía tanto tiempo que no tocabas agua, ésta debe recrearse tocándote a ti.

Sin que nadie pensara en ayudarle, Till salió de la charca hecho una sopa, más mortificado por las cuchufletas que por el golpe y el remoión.

Pocos días después ofreció repetir sus habilidades ; más esta vez tendió la maroma en la plaza Mayor. Antes de subirse a ella, pidió a los concurrentes le entregasen sus zapatos, que dijo necesitar para realizar un ejercicio notable. Todos accedieron, ansiosos de presenciar el anunciado portento.

Amontonó Eulenspiegel los zapatos debajo de la cuerda, y poniéndose de rodillas en ésta,

tiró revueltos por el aire cuantos pudo, y los que no esparciólos luego a puntapiés, gritando:

—¡ Coja ahora cada cual los suyos !

Los espectadores lanzáronse en busca del calzado propio, y a poder ser del ajeno. Till, rebosante de satisfacción, después de contemplar un instante la escena recogió la maroma y echó a correr, dejando la plaza convertida en un campo de batalla ; todos gritaban y peleábanse la mayoría, disputándose un zapato o una bota que luego resultaba no ser de ninguno de ellos, mientras el verdadero propietario apandaba con otras que tampoco eran suyas. Por último, después de recibir todos buena tanda de coscorrones, puñadas y puntapiés, cansadas las gargantas de vociferar, restablecióse el orden, aunque jurando unánimes vengarse.

* * *

Por miedo a las represalias, no se aventuró Till a salir de casa en algunos días, lo cual tenía muy contenta a la madre, pues imaginábase la pobre que su hijo se había enmendado.

Pero, por otra parte, como era muy poco lo que podía ella ganar trabajando, y Till no le prestaba la menor ayuda, apenas si tenían lo indispensable para el sustento; de tal modo, que una noche vióse obligada a decirle:

—Hijo, necesitamos pan y no tenemos dinero para comprar una hogaza.

Eulenspiegel apenas pudo conciliar el sueño, ocupado en discurrir de qué manera sin trabajar podría llevar pan a su casa.

Levantóse al amanecer, y provisto de un saco agujereado se encaminó a la tahona. Llegado que hubo a ésta, dijo al dueño que le diese una buena cantidad de pan blanco, pues hallábase al servicio del propietario más rico del inmediato pueblo.

Accedió el industrial, a condición de que le acompañara su hijo para cobrar el pan que le fiaba.

Encontrándolo justo Eulenspiegel, llenaron el saco de panes, y salieron de la tahona, diciendo que a poco regresaría con el dinero el muchacho. Cuando estuvieron a alguna distancia, con ocasión de pasar junto a un charco, Till sacudió ligeramente la carga, con lo

cual cayóse un pan por el agujero, que era lo que él quería. Fingiendo entonces la mayor aflicción, exclamó :

—¿Cómo presento yo ahora este pan a mi amo?

Viéndole tan compungido, el hijo del tahonero, un inocente mocito de ocho años, le dijo :

—No os apuréis ; esperadme aquí, mientras yo voy a escape por otro.

Y dicho esto echó a correr, regresando a poco y encontrándose con que Till y el saco se habían desvanecido. Un tanto receloso, el panadero fué a ver al hacendado en cuya casa dijo servir Eulenspiegel, y el cual, como era de esperar, díjole que no tenía noticia de aquel pedido de pan y que, por lo visto, había sido víctima de una estafa.

Mientras esto ocurría, Till regresó a casa y dijo a su madre :

—Toma, come cuanto desees, que después iré a pagar y te traeré más cuando se termine.



Para celebrar su hazaña fuése a una cerve-

cería, donde bebió en demasía. No pudiendo pagar, entre otras razones porque no tenía con qué, salió huído del establecimiento, y trastornado como iba, sin darse cuenta encontróse en las afueras del pueblo y junto a un colmenar. Necesitando reposo, metióse en una colmena de mimbre que halló vacía, quedándose a poco profundamente dormido. Ya muy entrada la noche acercáronse allí dos rateros, con el propósito de robar una colmena. Uno de ellos dijo a su compañero :

—Siempre he oído afirmar que las más pesadas son las que mejor panal contienen. Sopeyémoslas todas.

Así lo hicieron, escogiendo, naturalmente, la en que Till estaba dormido. Tomáronla a hombros y salieron tirando.

Con los vaivenes despertó Eulenspiegel, y comprendiendo lo que ocurría, incorporóse, y a favor de la obscuridad, cogiendo por los cabellos al que iba delante, le arrancó unos mechones.

Enfurecido el ratero, hubo de exclamar, dirigiéndose a su camarada :

—¡ Si vuelves a tirarme del cabello, te mato !

El increpado, sin comprender el motivo de la amenaza, replicóle :

—¿ Cómo quieres que te tire de los pelos si he de sujetar la cesta con ambas manos ?

Reíase Till interiormente, diciéndose :

—La bromita promete.

Aguardó unos momentos, y extendiendo la otra mano agarró fuertemente la melena del que iba detrás. Este gritó, furioso :

—¡ Criminal ! ¡ Bandido ! Sabes que los hombros me crujen, ¡ y aun me tiras del cabello !

—¡ Hipócrita !—repuso el otro—. Fuiste tú quien no ha mucho me lo arrancabas.

—¡ Para hipócrita, tú ! ¿ Cómo he de pensar ni siquiera en tocarte, si, además del peso que me abrumba, por ser más bajo que tú, he de ir mirando a tierra para ver dónde pongo los pies ?

—¡ Buena disculpa la tuya ! ¡ Pero guárdate de repetir la suerte !

Y de este modo continuaron discutiendo, hasta que se agrió la disputa y, pasando de las

palabras a los hechos, dejaron caer la colmena y abandonáronla para liarse a golpes.

Al amanecer abandonó Till la improvisada cama, encontrándose perdido en mitad de un amplio prado. Diciéndose que a algún sitio iría a parar, tranquilamente echó a andar en la dirección en que se encontraba al tomar tal determinación. No tardó en hallar un camino, que le condujo al pueblo de Brunswick.

CAPITULO II

TILL BUSCA EMPLEO

Diciéndose que donde más fácilmente hallaría hospitalidad sería en casa del señor cura, nuestro héroe, después de informarse, resueltamente encaminó allí sus pasos.

No le salieron del todo mal las cuentas, pues el buen clérigo, compadeciéndose de él, admitióle en calidad de criado, si bien le dijo bondadosamente :

—En casa trabajarás poco y comerás lo mismo que yo.

No hay que decir que Eulenspiegel aceptó complacido el cargo.

En consecuencia, el sacerdote presentóle a su ama y cocinera, una vieja a quien le faltaba un ojo y que casi en seguida le dijo, indi-

cándole dos pollos que acababa de ensartar en el asador :

—He de salir por media hora ; entre tanto, cuida no se quemem estos pollos.

Púsose Till a darle vueltas al asador, mientras maquinaba cómo se las compondría para comerse uno de ellos sin hacerse acreedor a ningún castigo. Tras corta meditación, dióse una palmada en la frente, y sin más espera desprendió uno de los pollos del asador y en un dos por tres se lo metió entre pecho y espalda.

Cuando regresó la cocinera y vió que sólo había un ave en el asador, dijo a Eulenspiegel :

—¿Dónde está el otro pollo?

A lo que Till, con la mayor frescura, respondió :

—Abrid el otro ojo y lo veréis.

Al oirse echar en cara su defecto, el ama se quejó al señor cura.

—¡ Bonita adquisición hemos hecho con este criado !—dijo, a modo de introducción.

Y contó al párroco lo ocurrido.

El bueno del clérigo fuése a la cocina, y

llamando a Eulenspiegel amonestóle en los siguientes términos :

—Te prohíbo que gastes bromas y te burles de nadie, y también que te apropiés los guisos que veas en la cocina. Dime : ¿no eran dos los pollos que había en el asador?

—Sí, señor ; dos había en verdad—contestó burlonamente Till.

—¿Dónde está, pues, el otro?

—Abrid vuestros dos ojos y veréis las dos aves. Eso es lo que he dicho a vuestra ama, lo que le ha hecho enfurecerse conmigo.

El cura se echó a reír y exclamó :

—¡ Es que la pobre no puede abrir los dos ojos, porque le falta uno !

¡ Pero eso yo no se lo dije !—repuso nuestro héroe.

—Bueno, déjate de rodeos—prosiguió el sacerdote, recobraba su seriedad—, y di de una vez dónde está el pollo desaparecido.

—Pues, sencillamente, me lo comí, ya que vos, al tomarme a vuestro servicio, me dijisteis que podría comer lo mismo que vos, y por consiguiente, de comeros vos los dos po-

llos en lugar de uno, yo habría tenido que asar para mí otros dos.

Rióse nuevamente el cura, esta vez de buena gana, y dijo a Eulenspiegel :

—Amigo mío, por un asado no me voy a enfadar ; pero sí me disgusta que encolerices al ama, porque no quiero en casa disputas ni alborotos ; te ordeno, pues, que la trates bien y compartas con ella el trabajo.

No replicó Till ; pero en adelante, cuando la cocinera le mandaba hacer algo, obedecíala sólo a medias ; si, por ejemplo, le pedía dos leños, llevábale sólo uno ; la pobre mujer vióse, pues, en la necesidad de quejarse nuevamente al párroco, diciéndole que si no despedía a Eulenspiegel dejaría ella la casa. En consecuencia, el señor cura, llamando a Till, despidióle sin más rodeos. No se inmutó nuestro héroe, que replicó extrañaba se le despidiera, ya que él creía cumplir su obligación haciendo a medias el trabajo, puesto que se le había dicho que debía compartirlo con la criada. Y añadió :

—Si ésta no se halla satisfecha, es porque,

debido a ser tuerta, no ve más que la mitad de lo que hago.

Como no le convencieran, naturalmente, tales argumentos, el señor cura repitióle que no quería tenerle más tiempo a su servicio ; pero, no queriendo tampoco dejarle abandonado, ínterin no tuviera mejor colocación, confióle la sacristía. Pero Till desempeñó pocos días el nuevo cargo, y sin nuevas travesuras abandonó definitivamente el pueblo para trasladarse a Magdeburgo.

* * *

Una vez allí, y viendo que transcurrían las semanas sin encontrar trabajo, fijó un cartel en la plaza Mayor, anunciando que aquel día volaría un hombre, el cual se encontraría a determinada hora en el tejado de la alcaldía.

Huelga decir que a la hora indicada reuniéronse allí grandes y chicos, ansiosos de contemplar el prodigio.

Tras largo rato de espera, y cuando ya el público empezaba a impacientarse. mostróse Till en el tejado, y haciendo un reverente sa-

ludo agitó los brazos en ademán de volar. Luego de recorrer varias veces el tejado en tal actitud, aunque sin levantar ni por un instante los pies de las tejas, dirigiéndose a los espectadores, dijo en tono zumbón :

—Pero, ¿cómo esperáis que vuele, habiendo yo anunciado sencillamente que a esta hora me encontraría en el tejado? Por tal medio, he querido sólo averiguar si hay tontos en esta población.

Tamaña desfachatez hizo reír a algunos, pero amoscó a otros, por cierto los más, que en ademán amenazador trataron de dar alcance a Eulenspiegel. Pero éste, que todo lo tenía previsto, desapareció en breves momentos, como si, en realidad, hubiera volado.



Al otro día salióse a las afueras de la población, camino de Helmsted, a la husma de cualquier combinación que le permitiese embolsarse algún dinero.

No tardó en alcanzar a un individuo que llevaba el mismo camino. Y habiendo entablado

conversación con él, díjole el buen hombre que era fabricante de escarcelas, nombre que se daba en aquel tiempo a unos monederos o bolsas de piel que llevábanse colgados del cinturón.

Díjole Till que, precisamente, necesitaba una, encargándole se la hiciera muy capaz.

Cuando a los pocos días fué al taller del artesano a recogerla, no la encontró suficientemente grande, y lo propio ocurrió con otra y otras, hasta que por fin hicieronle una en que se empleó toda la piel de un ternero. Aun la encontró Till pequeña, por lo cual hubo que hacerle otra, en la que se invirtió la piel de tres bueyes.

Pareciéndole ésta bien, echó en ella unas monedas, las cuales comenzó a sacar una tras otra hasta no dejar ninguna. Sacudió entonces la escarcela, y dijo :

—Tampoco me conviene esta bolsa ; yo quiero una en que siempre quede algo dentro.

Para terminar de una vez y cobrar, el artesano echó disimuladamente un puñado de monedas de plata en el fondo, después de lo cual volvióse hacia Till, diciéndole :

—Por cierto que juraría que aun queda algo.

—Razón tenéis—asintió Eulenspiegel, meneando el bolso, del que sacó las monedas, a la vez que agregaba :—Pero ya no queda nada.

Y con las monedas y la bolsa echó a correr.



Encontrándose todavía sin empleo fijo, y deseando a toda costa colocarse, Till trasladóse a Quedlinburg, escogiendo para efectuarlo un día de mercado.

A poco de llegar, vió acercarse al punto en que se encontraba casualmente a una aldeana que llevaba en una cesta un gallo y varias gallinas. Preguntóle a cuánto vendía el par, contestándole la campesina que no podía darlas a menos de tres monedas de plata. Pero nuestro héroe insistió en que se las cediera por menos, pues así se quedaría cuatro gallinas. Y mientras esto decía cogió la cesta, que estaba en tierra, y echó a andar en dirección al ayuntamiento.

—¡Eh!, muchacho, oye: no te lleves mi cesta sin pagarme—dijo la aldeana.

—¡Pero, señora!—exclamó Eulenspiegel.
—Desconfiáis de mí, siendo el hijo del alcalde?

A lo que replicó la vendedora:

—Mi padre me enseñó a respetar a todos los compradores por igual, y de paso a no fiar nada a ninguno.

Entonces Till metió la mano en la cesta, que no había soltado aún, y sacando el gallo, echóselo a la campesina, diciéndole:

—Ahí tenéis la fianza; si no vuelvo, podéis quedaros con él.

De momento, no se explicó la pobre vendedora el ardid; pero quedó anonadada al ver que, dos horas más tarde, Till no había regresado aún, como le prometiera, con el valor de las gallinas, comprendiendo entonces que se había quedado sin éstas y sin cuartos.

* * *

Nuestro héroe, que se desvivía por los manjares succulentos, si acertaba a ver en lontananza un buen asado, o cosa que lo valiera,

no había granujada que le detuviese cuando de apropiarse una u otra se trataba.

Enterado de que había feria en Ulzen, encaminóse allí, como vulgarmente se dice, a caza de gangas.

Y encontrándose en observación, vió a un aldeano comprando una pieza de paño verde, que se llevó después de pagarla. Vióle luego salir de la ciudad, indudablemente camino de su pueblo. Y visto todo esto, después de ponerse de acuerdo con sus compinches de truhanerías, el pasante del maestro de escuela y el alguacil, salió a escape para tomar alguna delantera al lugareño, a quien quería jugar una buena treta. Y al cruzarse con él, dióle las buenas tardes, y le dijo :

—¡ Qué magnífico paño azul lleváis !

—Realmente es una tela magnífica ; pero no azul, sino verde.

Fingiéndose amoscarse, Till replicó :

—¿ Verde ? Pues yo no vacilaría en apostar veinte monedas de plata a que es azul.

Seguro como estaba el campesino de que era verde, aceptó el reto, apostando a su vez la pieza de paño.

Convínose en que actuaría de juez el primer transeúnte que pasara.

No tardaron en divisar a un viandante, al que llamaron a voces para que resolviese la cuestión.

El improvisado juez era el pasante del maestro de escuela, quien, naturalmente, afirmó que el paño presentaba un deslumbrante color azul.

Receloso el aldeano, propuso un nuevo árbitro, acordándose ir en busca del juez, y en su defecto, del alguacil.

A toda prisa fueron a su encuentro, y, luego de exponerle la causa que motivara la apuesta, esperaron el fallo inapelable.

El alguacil, que fué quien prestóles oído, aparentando que le disgustaba tomar parte en un asunto que por lo claro estaba de antemano juzgado, díjoles :

—Ojos tenéis para ver ; en consecuencia, ¿a qué venir a molestarme?

Pero, como se insistiese en pedirle una declaración concreta, respondió que no cabía la menor duda de que era azul el paño.

Estupefacto el campesino, dijo :

—Si no fuese una autoridad quien lo afirma, no habría de resignarme, pues entendería que se me quiere robar. Pero viniendo de quien viene el fallo, no cabe tal sospecha.

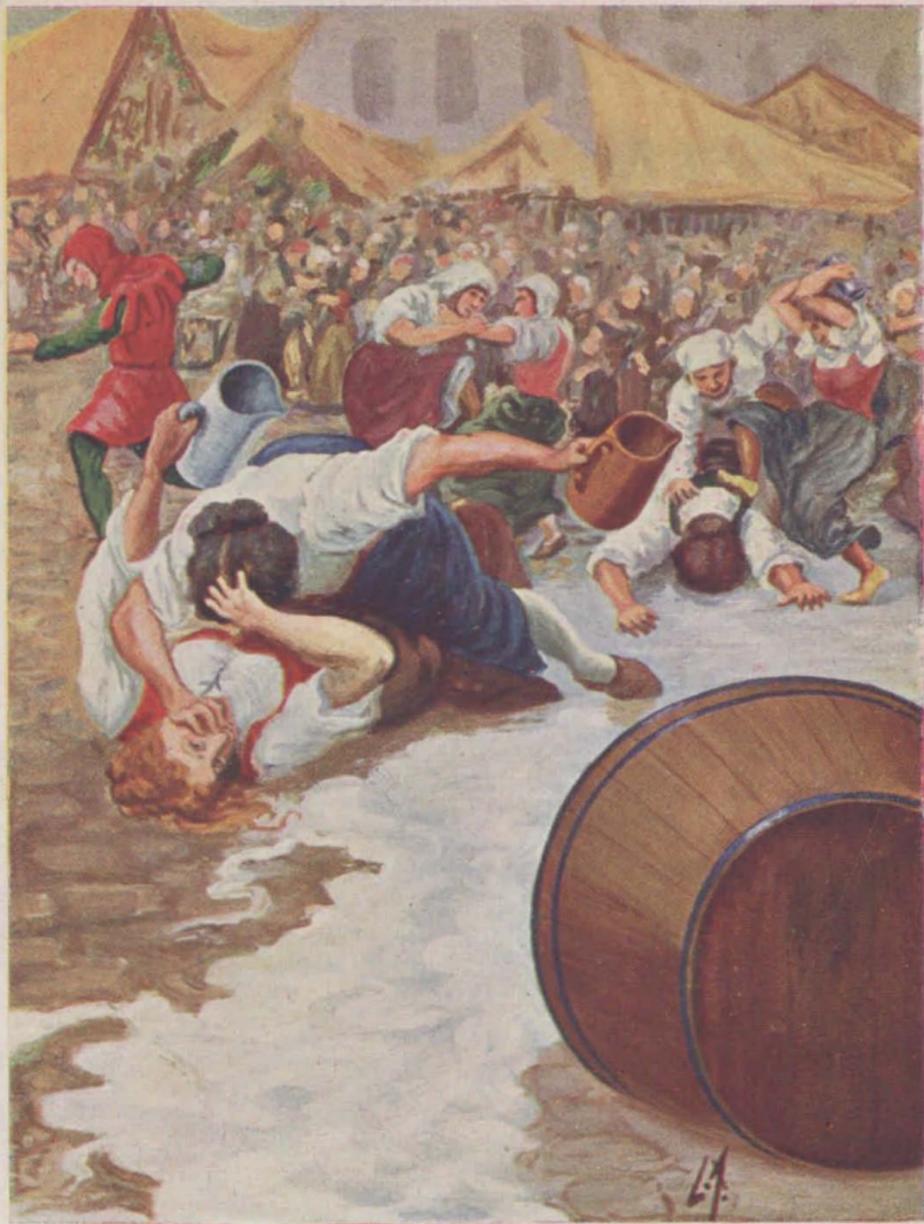
Y diciendo esto entregó a Till la pieza de paño, a la vez que miraba pesaroso su traje raído por el uso.

* * *

Consistía uno de los goces principales de Eulenspiegel en divertirse perjudicando al prójimo.

Deseoso de darse un buen rato, encaminóse cierto día de mercado a Bremen, donde, habiéndose procurado una tina de gran tamaño, hizo acudir a cuantas vendedoras de leche había, diciéndolas fuesen echando leche en ella hasta llenarla.

Hiciéronlo con gusto las lecheras, y cuando vió Till que no cabía ya más, hizo como si se diese cuenta entonces de que habíase dejado en casa el dinero, y no siéndole posible pagarlas, dijo que las autorizaba para sacar de la tina la cantidad de leche que cada una echara.



... degeneró en singular pelea...

Armóse con esto descomunal trifulca, pues todas juraban y perjuraban habían vertido a cubos lo que tan sólo fueron jarros. Tales proporciones tomó la discusión que degeneró en singular pelea, terminando por echarse unas a otras los cántaros por la cabeza; además, empujando la tina tiráronla al suelo, formándose tal charca que parecía como si sobre el mercado hubiese llovido leche.

CAPITULO III

TILL ABANDONA EL CAMPO

Harto ya de vivir entre lugareños, trasladóse nuestro héroe a la ciudad de Bamberg, encaminándose a una posada que gozaba de envidiable renombre. La dueña, una tal señora Konig, era de carácter muy jovial ; así que al ver a Eulenspiegel con su tipo de bufón alegróse, suponiendo podría y querría divertirla.

Barruntando nuestro héroe que entraba con buen pie, pidió a la señora Konig le tuviera en su casa de balde, a lo que se negó la posadera, aduciendo que a ella en el mercado todo le costaba los cuartos.

En vista de que no le quedaba otro remedio, preguntó Till los precios de hospedaje, con lo que se enteró de que por cuatro sueldos ten-

dría derecho a comer en el comedor principal y por tres en el de inferior categoría.

Simulando pesadumbre, titubeó unos momentos, y, por fin, dijo :

—Bien ; me conformo, si «cobrando» cuatro sueldos puedo comer en el comedor principal.

Nada replicó la dueña y seguidamente se le sirvió a Eulenspiegel la cena, encontrándola tan a su gusto que comió por cuatro.

Después de los postres, pidiósele el importe de lo ingerido ; a lo que nuestro héroe, indignado, contestó :

—¡ Cómo se entiende ! Yo dije que «cobrando» cuatro sueldos aceptaba comer en este comedor, ¡ y ahora se me pide ese dinero a mí !

Enfadóse la posadera al oír tal despropósito ; pero Till, manteniéndose en sus trece, se puso a vociferar de tal modo que la señora König dejóle irse sin pagar, y aun le suplicó no divulgara el hecho, por temor de que llegase a oídos de sus huéspedes y animárale a jugarle bromas por el estilo.

En busca de nuevo hospedaje dirigióse Eulenspiegel a un mesón de menos categoría que el anterior, y esperó allí la hora de la comida. Tardaban mucho en prepararla; tanto, que el dueño, observando las marcadas muestras de protesta de los parroquianos, hubo de decirles:

—El que se canse de esperar, que coma al aire libre.

Nuestro héroe, aprovechando el desconcierto que allí reinaba, escabullóse, y logró, sin ser visto, colarse en la despensa, donde a su antojo pudo engullir cuanto vino en gana.

Al servirse la comida no se acercó a la mesa. Preguntóle el mesonero la causa, y Till respondió que habíase saciado con el olor de los guisos.

—Pues pagadme, ya que habéis quedado satisfecho—dijole el dueño de la posada, sospechando la treta.

Sin replicarle sacó una moneda Eulenspiegel, hízola sonar en el mostrador, y embolsándosela nuevamente, replicó:

—Amigo hostelero, ¿habéis oído el timbre de mi moneda?

—Sí—respondióle el mesonero—, pues no tengo nada de sordo.

A lo que Till repuso :

—Siendo así, daos por pagado, ya que con el olor he de considerarme «comido»,

Y sonriendo socarronamente salvó el umbral de la posada.

* * *

Encaminóse a una cervecería, cuya dueña tenía un perro dotado de largas y sedosas lanas y al que profesaba el mayor cariño ; siempre que bebía cerveza dábale al animal, que debido a esta circunstancia era muy aficionado a tal bebida.

Al pedir Eulenspiegel un jarro, fué a servirle la dueña, que le dijo :

—Echad un poco en el plato y convidad a mi perro.

Dijo Till que se acercase el can a beber las miserables gotas que tuvo a bien ofrecerle, y cogiéndole después por el pescuezo llevóselo a un escondrijo donde, después de esquilarle por completo, le dejó atado. Acercándose lue-

go al mostrador, dijo que deseaba pagar en nombre de su invitado de cuatro patas; sólo que, como éste no tenía dinero, daba en cambio sus preciadas joyas. Y de tal suerte hablando, depositó sobre el mostrador el pañolón en que recogiera las lanas cortadas al perro.

Enfurecida la cervecera abalanzóse sobre Till; pero éste hurtó el cuerpo y, dando media vuelta, se le escabulló de entre las manos.

* * *

En busca de aventuras y provechos fué nuestro heroe a Hannóver, donde realizó una de las hazañas que le dieron mayor renombre.

Cierto día, al atardecer, apoderóse de un caballo que viera al pasar junto a un establo, y montando en él se dirigió al paseo más concurrido de la ciudad.

Al oír el galope de su corcel acercósele una murga compuesta de doce ciegos, que imaginándose era un rico señor que por allí pasaba a diario, le pidieron la limosna con que acostumbraba socorrerles.

Queriendo dárselas de generoso, díjoles Eulenspiegel :

—Tomad, ahí va mi bolso ; en él hallaréis lo suficiente para pagar vuestra estancia en un mesón durante estos días de frío intenso.

No obstante lo dicho, Till nada les dió ; pero cada uno de los pobres ciegos supuso que otro de sus compañeros había recibido la bolsa ; así que, rebosando de contento se encaminaron a una posada, prometiéndose pasar ella los días más crudos, como así lo hicieron.

Al exigirles el posadero el pago prodújose la bronca hache, pues ninguno de ellos tenía el bolsillo y todos desconfiaban unos de otros. El dueño de la hostería, creyendo trataban de hacerle víctima de un timo, encerrólos en el pajar, de donde dijo no les dejaría salir hasta que le pagaran.

Deseoso Eulenspiegel de saber en qué parara aquella jugarreta, fué a la referida posada, donde el dueño se apresuró a darle detalles de lo sucedido.

Fingiendo una compasión que, quizá sin darse cuenta, sentía, nuestro héroe dijo :

—¿Ya si alguien pagase por esos pobres ciegos, les dejaríais marchar?

La contestación fué, naturalmente, afirmativa.

—Pues confiad en mí—añadió Till.

Y saliendo de la posada, encaminóse a la Casa Rectoral, donde insistentemente solicitó ver al señor Rector.

Una vez en su presencia, díjole que iba de parte de cierta mujer cuyo marido tenía los demonios en el cuerpo y que deseaba lo exorcizase.

Y, luego de dar las señas del posadero, dijo al sacerdote que iba en busca de la atribulada esposa, y, efectivamente, entrevistóse con la del mesonero, diciéndole que el señor Rector estaba dispuesto a pagar el hospedaje de los ciegos, si ella iba a decirle a dicho señor Rector que estaban muy necesitados de lo que pedían.

Corrió la mesonera a la Casa Rectoral, y una vez en presencia del sacerdote, díjole, simulando la mayor aflicción:

—¡Venid presto, señor cura, pues Dios es testigo de que lo necesitamos y mucho!

Cuando al día siguiente fué el rector a la posada, ya habían dado libertad a los ciegos. Y ¡cuál no sería la sorpresa de los hosteleros al ver que, en vez de llevarles el dinero que aguardaban, el sacerdote se puso a cantar salmos y hacer cruces en torno del presunto endemoniado! Pidiéronle explicaciones; diólas completas el bueno del Rector, y dedujeron de ellas que todos habían sido víctimas de un enredo armado por el incógnito y supuesto protector de los ciegos.

CAPITULO IV

TILL QUIERE SENTAR LA CABEZA

Habiendo hecho el firme propósito de cambiar de vida y buscar nuevo empleo, Eulenspiegel fué con tal objeto a Brunsvich, donde logró hallar colocación en una de las más acreditadas panaderías de la ciudad.

Ya bien entrada la noche, y cuando terminaron el amasijo, retiróse el dueño a descansar, dejándole el encargo de confeccionar y cocer los panes.

Perguntóle Till de qué forma habían de ser; y el tahonero, suponiéndole tan diestro en el oficio como él mismo, ya que tal diera a entender al solicitar la colocación, respondióle, bromeando:

—¿Forma? Pues la que quieras. Lo mismo da buhos que ardillas.

Eulenspiegel sonrió socarronamente y se puso al trabajo, dando a los panes la forma de los animales nombrados por su amo. Y cuando reapareció éste para ver si podía ya sacar la hornada, enfurecióse al ver que tendría que repetirla, pues no creyó conveniente presentar aquélla a sus parroquianos. Para resarcirse de la pérdida que Till le irrogara, hízole saber que consentía en retenerle a su servicio; pero sin sueldo. Accedió nuestro héroe, aunque con la condición de que le regalase el dueño la hornada inservible. Una vez dueño de ella, fué a la puerta de la iglesia principal en espera de que terminase el oficio, pues siendo el día de San Nicolás, festividad muy semejante a la de Reyes en España, parecióle que podría vender a buen precio sus figuras de pan, en lo cual no anduvo equivocado, pues los colocó todos, sacando de la venta diez veces el valor del salario perdido.

* * *

Al quedarse nuevamente sin dinero, colo-

cóse en otra panadería, vecina y competidora de la en que estuviera anteriormente.

En la nueva casa, el dueño, después de cenar, dormía un par de horas antes de principiar la faena, y Till debía cerner la harina entretanto.

Para no verse obligado a trabajar a tientas, Eulenspiegel pidió una bujía a su amo; pero éste, que era muy roñoso, se negó a complacerle, diciéndole que trabajase a la luz de la luna, como él lo hiciera siempre.

Till fingió aprobar el método del dueño, que aparentemente mostróse pronto a seguir; pero, una vez solo, sacando el cedazo por la ventana, se puso a cerner, de manera que cayese la harina en el reflejo de la luna.

Al levantarse el panadero y contemplar la obra de Eulenspiegel montó en cólera llenando de improperios a nuestro héroe, pues en recoger la harina invertirían el tiempo que necesitaban para amasar, y no tenía más remedio que hacerlo, pues era la única que le quedaba en el obrador.

Excusóse Till diciendo que la culpa era del amo, pues le mandó cerner la harina en la luz

de la luna ; pero le replicó el dueño que había-le dicho, no *en* sino *a* la luz de la luna ; y sobre si fué *en* o *a*, se pusieron a malgastar un tiempo de que harta necesidad tenían.

Por fin, Eulenspiegel propuso coger un saco de harina al vecino, ya que él sabía dónde los guardaba ; pero replicóle el amo que veía aquello tan difícil como descolgar al ahorcado que pendía precisamente aquella noche de la horca del pueblo.

Repuso Till entonces :

—Dejadme salir y os juro que lo haré.

No dijo lo que haría ; pero es el caso que minutos después volvió con el cadáver del ahorcado auestas.

El panadero, estupefacto y furioso, le dijo :

—Pero, ¿sabes lo que has hecho? Ahora mismo corro a dar parte al juez, y ya verás lo que es hallarse en presencia de la autoridad.

Y salió precipitadamente, seguido de nuestro héroe.

Después de mucho andar de un lado para otro, encontraron por fin al juez.

Púsose Till detrás de éste, abriendo desmesuradamente los ojos.



¿Sabes lo que has hecho?...

Notándolo el panadero, le preguntó :

—¿A qué viene mirar de ese modo?

—Pues, sencillamente, para *ver* lo que me sucede ahora, según me dijisteis—replicó Eulenspiegel.

Creyendo se trataba de un par de bromistas, el juez dió media vuelta y dejóles plantados.

Entonces Till dijo al tahonero :

—Ya amanece, y todavía no amasasteis vuestro pan, y además tenéis al ahorcado en el horno.

Y dando un salto, para sustraerse al punta-pié con que su amo quiso vengarse de la burla, echó a correr, riendo a carcajadas.

* * *

Como se presentase asaz frío aquel invierno, trasladóse Till a la ciudad de Ulm en busca de trabajo. Algo difícil le fué salir en bien de su empeño ; mas al fin encontró ocupación en casa de un peletero, que le contrató para coser pieles.

Púsose nuestro héroe al trabajo, que no hacía del todo mal, a pesar de ser novato en el

oficio ; pero quejábbase sin cesar y hacía gestos de desagrado por el mal olor que despedían las pieles, tosiendo además y escupiendo constantemente, por llenársele la boca de pelusa ; así, que el dueño vióse en el caso de decirle :

—Palmariamente se ve que no conocéis la peletería ni por el forro, pues si sólo dos noches hubieseis dormido en la faena, no harías esos ascos y visajes ; y como no quiero continuar presenciando tales demostraciones, podéis salir de mi casa.

Rogóle Till le dejase estar en ella unos días más, en lo que vería de acostumbrarse, a lo que accedió el peletero, por haber observado que, después de todo, Eulenspiegel cosía bastante bien.

Cuando llegó la noche fuéronse a acostar los dueños, ordenando a nuestro héroe que continuase cosiendo pieles.

Al quedarse solo, Till, cogiendo indistintamente las curtidas y las frescas, hizo con todas un montón y se arrebujaó en ellas.

A la mañana siguiente, viendo el amo aquel revoltijo, empezó a dar voces llamando a Eulenspiegel, quien después de hacerle gritar un

rato salió de entre las pieles, preguntando al dueño qué se le ofrecía. Y enfurecido el artesano, cogió una correa para sacudirle el polvo al oír la frescura con que Till le decía que había dormido bien *la primera noche que lo hiciera en la faena.*

Para sustraerse a las iras del peletero bajó de cuatro en cuatro las escaleras, y al encontrarse en un rellano con el ama y la criada, que subían, díjoles, inspirado por el demonio, según costumbre, que iba en busca del médico, por haberse roto el amo una pierna. Las mujeres pusiéronse a gritar y el dueño de la casa, que acudía en persecución de Eulenspiegel, en su precipitación tropezó con su azorada esposa, quien dió un empujón a la criada, y los tres rodaron escalera abajo, con gran contentamiento del desalmado Till, que, riendo estrechamente, tomó las de Villadiego.



Considerándose ya maestro en el oficio, nuestro héroe fuése a pedir ocupación a casa de otro peletero, vecino del anterior y el más

afamado de la ciudad, que por serlo contaba entre su clientela las familias más nobles y poderosas.

Para uno de aquellos días había anunciado el príncipe un torneo, y como corría el invierno y éste era muy crudo, todos los paladines invitados encargaron a dicho peletero un abrigo de los que estaban entonces de moda, llamados «lobos». Por consiguiente, cuando se presentó Eulenspiegel diciendo que estaba práctico en la confección, no ya de tales abrigos sino de toda clase de prendas de piel, el artesano aceptó complacido sus servicios, pues sentíase agobiado por los muchos pedidos que se le hicieran.

Una vez en el taller cogió nuestro héroe pieles, las recortó, cosió y relleno de manera que semejaban un lobo, y con la mayor desfachatez presentó aquello al amo, quien, luego de poner el grito en el cielo, a causa de las pieles que le estropeará, arrojó a la calle a Eulenspiegel, que se resistía a salir sin cobrar el jornal que en su concepto se le adeudaba.

Como se estaba en días de festivales, franquelas y orgías, pues transcurría el período carnavalesco, díjose Till que podía aprovechar la ocasión para intentar algo de que sacar provecho o diversión. En consecuencia, cazó un hermoso gato, y revistiéndole de una piel de liebre de modo que pareciera dicho animal, fué a ofrecérselo a un rico hacendado, quien pagó un precio excesivo por la falsa liebre, soltándola en seguida en su coto para que se juntase a las que ya en él tenía.

Al día siguiente el magnate daba una espléndida fiesta, y con tal motivo ordenó a su servidumbre que procediese a coger las liebres, con que se proponía obsequiar a sus invitados.

Cuando le llegó el turno a la liebre-gato fué menester soltar los perros, pues no podían cogerla por más que la perseguían, teniéndoles pasmados la ligereza con que encaramábase a los árboles y saltaba de rama en rama. Como no pudieran cazarla ni echándole los perros, determinaron soltarle un ballestazo, con lo cual, a la vez que por fin lograban darle caza, pudieron ver que habían sido engañados, pues

Eulenspiegel, poniendo en acción la locución proverbial, habíales dado gato por liebre.

Vanos fueron sus esfuerzos para dar con el que les burlara, y al que hubieran querido obsequiar con una buena paliza ; y, no obstante, Till, vestido de campesino, alternó mientras le plugo con ellos, sin que ninguno le reconociera.

* * *

Till experimentaba ya el más vehemente deseo de salir de Ulm, para ir a otro sitio en busca de aventuras nuevas ; pero se vió obligado a permanecer en aquella ciudad hasta procurarse algún dinero.

A este fin entró de dependiente en otra peletería. Portóse al principio con toda corrección, pues de veras quería reunir algunos cuartos, y sabía que éstos se logran con certeza mediante un trabajo formal y asiduo ; pero, dejándose llevar del instinto que le inducía a obrar mal, decidió de pronto hacer una de las suyas en cuanto se presentara ocasión propicia.

En esto, el amo díjole un día que dejara hervir mucho una tanda de pieles, pues convenía se pusieran blandas.

Till preguntóle si había bastante combustible, a lo que contestó el peletero que creía tener la leñera bien provista; pero que si no había leña suficiente, en la casa encontraría maderas de que hacer astillas.

Para cumplimentar el encargo, preparó Eulenspiegel una hoguera, en la que empleó primeramente toda la leña que pudo hallar; luego hizo astillas los bancos, mesas y demás enseres de madera que había en la casa, y avivó con ellos la lumbre, hasta dejar las pieles tan finas, de puro hervir, que vinieron a quedar inaprovechables.

Al regresar el amo y presenciar el desastre de que le hiciera víctima su dependiente, indignado buscóle por todas partes; pero no tardó en convencerse de que el truhán, una vez realizada su hazaña, había puesto pies en polvorosa.

CAPITULO V

EL BUHO Y EL ESPEJO

Como no quedasen en la ciudad otras peleterías donde ofrecer sus servicios, vióse obligado Eulenspiegel a cambiar de profesión, entrando de aprendiz en una herrería.

Uno de los oficiales enteróle de que los cinco primeros días de estancia en el establecimiento, el amo le obligaría a levantarse a media noche. Le preguntó Till la causa, respondiéndole el otro que no lo sabía, porque nadie se atrevió nunca a inquirirla, debido al irascible carácter del amo.

—Pues yo lo he de saber—dijo nuestro héroe.

Y con su habitual frescura fuése a interrogar al herrero.

Este, que, por excepción, hallábase aquel día de buen humor, contestóle, sin enfadarse, que empleaba el medio en cuestión para saber si los aprendices eran lo robustos que él los deseaba.

Cuando se hubo acostado, Till se ató al camastro de manera que éste, al incorporarse él, quedárale adherido a la espalda.

Llegada la media noche bajó a la fragua, según se le había ordenado; pero bajó con el camastro sujeto a las costillas.

Viéndole en aquella guisa, preguntóle des-templadamente el amo el motivo de presentarse de tal suerte. A lo que contestó Till que el jergón debía ser el compañero del individuo toda la noche, y como que sólo se le permitía estar tumbado sobre él la mitad de ésta, había resuelto, para no faltar a las leyes naturales, que la otra mitad la pasara el jergón sobre su espalda.

—Está bien—le dijo el amo—. Pero como aquí no quiero que discurra nadie contra mi voluntad, vuélvete arriba, deja el camastro en su sitio, recoge tus trastos y sal de esta casa, procurando que yo no te vuelva a ver.

Subió Till nuevamente al desván habilitado para dormitorio, y encaramándose rompió unas tejas para poder salir por el tejado, desde el cual, por medio de una sogá, deslizóse a la calle.

Alarmado el herrero al percibir el ruido que armaban los martillazos que daba nuestro héroe, subió, llegando en el preciso instante en que Eulenspiegel se deslizaba. Y agarrándose a la sogá descendió en pos de él, llegando a la calle a tiempo para cogerle por el pescuezo. Y zarandeándole con furia, le preguntó :

—¿A qué han venido los destrozos que has causado?

Después de lograr desasirse de la mano que le oprimía, respondió Till :

—Me ordenasteis que subiese el camastro al desván y que saliese de vuestra casa sin que volvierais a verme. Como soy obediente y me gusta complacer, así lo he hecho. No podía salir por la puerta, junto a la cual os hallabais, y no habiendo ventana por donde saltar, me he visto en la precisión de salir por el tejado. Ved, pues, que fuisteis injusto al querer maltratarme.

Y echó a correr, agregando :

—Así meditaréis otra vez las palabras al mandar algo.

* * *

Luegos de vagar algunos días faltó enteramente de recursos encontró trabajo en otra herrería, donde le dijo el dueño que podía quedarse si aveníase a trabajar sin más sueldo que la manutención. Obligado por la necesidad hubo de acceder, aunque pesaroso, siendo mayor todavía su descontento cuando vió que para comer le daban una menguada bazofia, obligándole a cuidar de los cerdos mientras los amos yantaban.

Por la tarde le dijo el maestro que forjase clavos para herraduras durante su ausencia, pues tenía necesidad de ir a un pueblo contiguo.

Disgustado por el mal trato que recibiera, en vez de trabajar rompió martillos y tenazas, y después de trazar unos signos en el zaguán, largóse, dejando abandonada la herrería.

A su regreso, lo primero que vió el amo fué

el dibujo del zaguán, que representaba un espejo, un buho y las palabras latinas, para él ininteligibles, trazadas debajo: *Hic fuit*.

Cabizbajo estaba, tratando de adivinar lo que quería decir todo aquello, cuando acertó a pasar el señor cura, quien con poco trabajo descifró el significado del monograma.

—Eso—dijo al herrero—puede traducirse por: «Eulenspiegel estuvo aquí». *Eulen*, en alemán, quiere decir *buho* y *spiegel* significa *espejo*. En cuanto a las palabras latinas *Hic fuit*, equivalen a nuestro «Estuvo aquí».

CAPITULO VI

NUEVOS OFICIOS DE TILL

Eulenspiegel se trasladó a caballo a Magdeburgo; pero, antes de llegar a su destino, tuvo que detenerse para hacer herrar su cabalgadura.

Interrogado por el herrador, dióse a conocer, siendo entonces muy agasajado por el buen hombre, que le propuso no cobrarle las herraduras si le dedicaba una frase o verso.

Sin titubear un punto, Till le endilgó el parreado siguiente:

*Fácil cosa es herrar, duda no cabe,
si se tiene herraduras y se sabe.*

También el mozo le pidió una frase alusiva a su tarea. Till le dijo:

*En todos los oficios es, sin duda,
precioso el ayudante... cuando ayuda.*

La esposa del herrero, que escuchaba mientras cosía sentada en el portal, significó su deseo de merecer de Eulenspiegel una frase.

Gustoso accedió nuestro héroe a complacerla, diciéndole :

*Con aguja, hilo y dedal,
hablando, se cose mal.*

La criada, que hallábase comiendo con la misma ansia que si no lo hubiese hecho en varios días, no quiso ser menos. Y Till la despachó en la siguiente forma :

*No se debe comer sin masticar ;
está feo, y a más, hace enfermar.*

Celebraron todos sus ocurrencias, y Eulenspiegel despidióse muy complacido, ya nuevamente a lomos de su caballo, herrado

de balde, gracias a haber demostrado el jinete aptitudes de juglar populachero.

* * *

Detúvose en Postdam, donde halló colocación en una zapatería. Y cuando llevaba ya unos días de aprendizaje, díjole el dueño de ésta :

—Salgo por unas horas. Coge tú, mientras tanto, un trozo de cuero y córtalo «como quieras».

Referíase al tamaño ; pero a Till no le plugo entenderlo y cortó la piel en forma de perros, gatos, puercos, cabras, bueyes, caballos, ovejas y otros animales.

Cuando regresó el zapatero y contempló los desatinos cometidos por su aprendiz, contra lo que era de esperar, no se enfureció, sino que limitóse a decirle, en tono casi afectuoso :

—No me entendiste, pues, al decirte que cortases el material como quisieras, referíame al tamaño de los zapatos, es decir, a su medida, por serme indiferente una u otra, ya que los destinaba a renovar existencias. Aho-

ra, fíjate bien ; necesito que me cortes suelas para zapatos grandes y chicos, cosiéndolas por parejas.

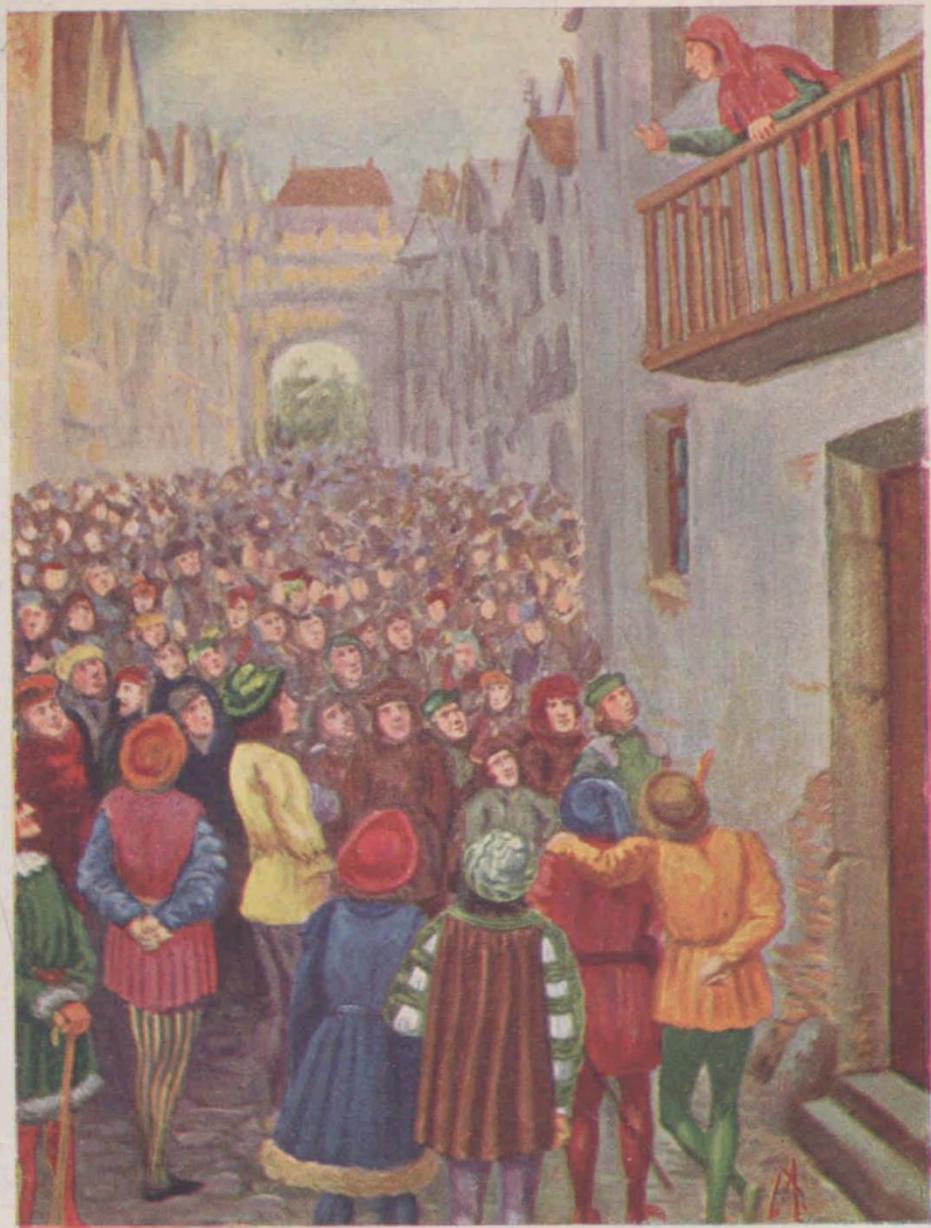
Y dicho esto marchóse nuevamente.

Till, entonces, cogió zapatos grandes y pequeños y cosió por parejas éstos con aquéllos.

Se amoscó esta vez el amo y reprendióle ; pero no le despidió, diciéndose que después de todo era un muchacho obediente y quizá él no le detalló bien la explicación. En consecuencia, puso los cinco sentidos al darle un nuevo encargo ; díjole que cortara pieles grandes y pequeñas, las pusiera en la horma y preparase zapatos.

Pero Eulenspiegel, como si se hubiese propuesto probar la paciencia del industrial, tomó la primera horma que le vino a mano, y juntando cortes de cuero de diversas medidas los cosió, obteniendo zapatos inaprovechables por lo deformes.

Convencido con esto su amo de que nuestro héroe burlábase de él, despidióle sin rodeos, augurándole que acabaría en presidio.



— Ilustres camaradas en el divino arte...

Habiéndoselo propuesto, llegó Eulenspiegel a Berlín, y una vez en la gran ciudad hizo saber, haciéndolo correr de boca en boca, a todos los sastres de diez leguas en contorno, que existía una persona de su arte que conocía el modo de realizar por medio de él fabulosas ganancias, extensivas al interesado y sus descendientes durante siglos, lo cual hacía público por compañerismo, pues quería que todos participasen de las ventajas de tal idea.

El día fijado llegaron la mayoría de los sastres de las poblaciones inmediatas, reuniéndose, en unión de los de la ciudad, en la plaza donde les diera cita Eulenspiegel. El cual, asomándose a un balcón, saludó ceremonioso a la concurrencia y dijo enfáticamente :

—Ilustres camaradas en el divino arte de la sastrería : he tenido la honra de convocaros para ponerlos al tanto de un procedimiento que puede daros pingües beneficios. ¡ Escuchadme, pues, con toda atención ! ¡ Empiezo ! ¡ Hem, hem ! Una vez sentados ante la prenda por confeccionar, y provistos de dedal, tije-

ras, hilo y agujas, no debéis olvidaros, al enhebrar, de hacer un nudo al extremo del hilo, para impedir que se desenhebre y a fin de evitar que las puntadas no resulten nulas, por salirse el hilo de la prenda. Con este importante y excelente consejo, que os doy generosamente de balde, podréis ganar tiempo y ahorrar vista; y sabido es que ganando y ahorrando se amasan las fortunas.

Ante los insultos e improperios que le dirigieron los burlados, Till creyó oportuno retirarse y huir por la puerta trasera, pues indignados por el largo e inútil viaje que a muchos de ellos obligara a hacer, era tal el estado de excitación en que se hallaban, que, de haberle podido echar mano, allí habrían terminado sus aventuras.

* * *

Acababa de llegar Till a Francfort cuando hubo de pasar por esta ciudad el rey con su séquito, compuesto de generales, obispos, nobles caballeros y letrados.

Eulenspiegel, que se encontraba, como casi

siempre, sin dinero, propúsose entrar al servicio de alguno de aquellos encopetados personajes, con la para él sana intención de sisarle cuanto pudiera.

Vistióse con tal fin un traje encarnado y se echó a la calle ataviado en tal guisa. No tardó en encontrarse con un cardenal acompañado de varios caballeros, uno de los cuales se le acercó para preguntarle cuál era su oficio, pues habíales llamado la atención su indumentaria.

Respondióle Eulenspiegel que hasta entonces había sido óptico en Friedberg; pero que, no dándole allí el oficio ni para vivir, había se trasladado a Francfort.

El cardenal, terciando en la conversación, dijo que él tenía entendido que la venta de antiparras era remuneradora. A lo que nuestro héroe replicó:

—En otro tiempo, cuando sacerdotes y letrados dedicábanse al estudio, se gastaban muchos anteojos; pero desde que, afortunadamente, son tan sabios que ya no necesitan estudiar, no se vende un par ni como remedio.

El cardenal y sus acompañantes celebraron la ocurrencia con ruidosas carcajadas, y conquistados por el ingenio de Till disputábanse el tomarlo a su servicio, llegando a hacerse pujas sobre el salario que le ofrecía cada cual. Como el cardenal fuera el más espléndido, él se lo llevó consigo, imaginándose haber realizado una buena adquisición; pero a los pocos meses sufrió el desencanto de comprobar que era un perillán de siete suelas.

* * *

Residía en Francfort un mercader a quien no le paraba una criada en casa, debido a lo gruñona e intratable que era su mujer.

Una tarde que este negociante salió de paseo para examinar el estado de su huerta, reparó en un hombre tumbado cuan largo era junto a la empalizada que cercaba su finca. Acercósele y preguntóle quién era y qué hacía allí. A lo que el interrogado (Eulenspiegel, según habrá supuesto el lector) respondióle, después de saludarle respetuosamente:

—Estoy tomando el fresco y soy cocinero sin colocación.

Oyendo esto, el mercader sintió inmensa alegría y dijo a nuestro héroe :

—Mi mujer se queja constantemente de que no le hacen a gusto las comidas. Si guisas bien y te conviene, te tomo a mi servicio y te daré buena soldada.

Aceptó Till complacidísimo, y poniéndose desde aquel momento a la disposición de su nuevo amo, principió a coger tomillo y demás hierbas aromáticas de uso culinario.

Llegados a casa presentóle el comerciante a su señora, a quien pareció no desagradar, pues dióle orden de tomar un cesto para provisiones y salir con su esposo en dirección al mercado, añadiendo que no dejasen de comprar el mejor capón que encontrasen para el día siguiente, en que tenían invitados.

Ya de regreso, y encontrándose Eulenspiegel en la cocina, díjole su ama :

—Cuida mucho del capón y tenlo lo más apartado posible de la lumbre, para que no se queme.

—Perfectamente, señora—dijo Till—. Te-

ned confianza en vuestro servidor Emerenciano.

La esposa del mercader, que tenía predilección por los nombres cortos, al enterarse de que el de su cocinero era kilométrico, cogióle la mayor antipatía; así que no se acercó más por la cocina hasta el día siguiente, poco antes de la hora del festín, que fué con su marido a saber si estaba a punto el capón.

Al verles entrar, Eulenspiegel, comprendiendo lo que allí los llevaba, díjoles:

—Lo tengo en la bodega.

—Bien pensado—asintieron los comerciantes—; allí se conservará fresco.

Y fuéronse con nuestro héroe en busca del ave, quedando asombrados al ver que lo sacaba crudo de entre dos toneles de cerveza, diciendo:

—Conste, señora, que he cumplido al pie de la letra lo que me ordenasteis: lo he tenido toda la mañana *lo más apartado posible de la lumbre*; por manera que si no está asado no hay que echarme a mí la culpa.

Rióse el mercader de la mejor gana, yendo a contar a sus invitados la jugarreta que aca-

baba de hacerles su nuevo cocinero ; la señora, encolerizada, dijo a su esposo que no quería tener más en su casa a semejante bromista.

* * *

Llegada la noche llamó a Eulenspiegel su amo y le dijo :

—Emerenciano, engrasa el coche, que mañana iremos a la feria de la ciudad contigua.

Compró Till una más que regular cantidad de grasa y untó con ella todo el vehículo, y especialmente los asientos. Al otro día, al amanecer, enganchó los dos caballos al carruaje, al que subieron el mercader y uno de sus invitados, un sacerdote a quien llamaban el Padre Enrique.

Cuando llevaban ya recorrido parte del camino, el cura hubo de decir :

—No me explico por qué este asiento está tan escurridizo.

El comerciante pasó por él la mano, que retiró untada de grasa. Y comprendiendo que habían sido víctimas de un nuevo bromazo de Eulenspiegel, dijo a éste, que conducía los

caballos, dándole una manotada en el cogote :
—¡ Condenado guasón ! ¡ Mereces la horca !

Till se excusó en estos términos :

—Habiéndome mandado engrasar el coche, y siendo yo obediente, por fuerza ha de estar pringoso.

Reanudaron la marcha, luego de haber recubierto los cojines con paja de la que llevaban por si convenía dar de comer a los caballos.

Cuando divisábase ya la población en que debían detenerse, ocurriósele a nuestro héroe desenganchar los dos animales, con lo cual ocasionó fuerte sobresalto a los adormecidos viajeros, creyendo ocurría algo.

Como interpelasen a Till, éste mostróles la horca que, según costumbre de entonces, pendía de la puerta de la ciudad.

—Si me habéis de ahorcar—dijo, dirigiéndose a su amo—, no tengo prisa en llegar allá.

El comerciante y el cura no pudieron menos de reirse ; pero, como llevaban ya bastante retraso, replicaron a Eulenspiegel :

—No estamos para perder el tiempo en chanzas ; «sujeta» los caballos al coche y adelante, sin parar por ningún motivo.

Till «sujetó» los caballos con las correas del carruaje, pero no puso el tornillo que engancha la lanza al vehículo.

A poco de reanudar la marcha, las correas cedieron y el coche se paró ; pero Eulenspiegel, montado en uno de los caballos, seguía con éstos al trote largo, sin detenerse, no obstante oír que a gritos dábanle el alto los del carruaje. No les quedó otro remedio al mercader y al cura que apearse y echar a correr para alcanzar al que suponían distraído, lo que lograron al fin tras larga carrera.

Nuestro héroe, al verles llegar jadeantes, díjoles riendo :

—No enganché los caballos, sino que los sujeté, según me ordenasteis, y seguí adelante siempre, sin parar por ningún motivo.

De nuevo en el lugar donde dejaran el coche, resolvieron dar por terminado el viaje.

* * *

Cuando estuvieron de regreso en casa, con

inequívocas muestras de contrariedad, díjole su amo a Till :

—Por ser de noche no te pongo en mitad del arroyo ; come, pues, hoy y bebe lo que quieras ; pero mañana, los trastos a la calle, y tú, ¡ ahueca !

Después de comer hasta atiborrarse. Eulenspiegel se acostó, durmiendo toda la noche como si nada tuviera que reprocharse. Cuando se levantó sintióse con deseos de jugar a sus amos una nueva trastada.

No tardó en presentársele ocasión, viendo que los amos disponíanse a salir para oír misa.

Diciéndose que, si quería realizar su propósito no tenía tiempo que perder, corrió en busca de unos mozos, diciéndoles le acompañasen a casa de su amo, pues éste habíale mandado se sacasen todos los muebles a la calle, debiendo efectuarse la operación con la mayor rapidez.

Tal presteza diéronse todos en cumplimentar las órdenes de Eulenspiegel, que en un dos por tres quedó la casa desalojada.

Y entonces nuestro héroe, recreándose en su obra, esperó en la esquina el regreso del

mercader, a quien dijo con sorna, plantándosele delante :

—Señor, según vuestras instrucciones, los trastos están en la calle, y yo, como veis, ahueco.

Y, efectivamente, salió de estampía, dejando a los comerciantes con un palmo de narices.

CAPITULO VII

NUEVAS AVENTURAS

Encontrándose nuevamente sin dinero y sin colocación, sentóse Till en un banco a la entrada del mercado, por donde acertó a pasar un barbero que buscaba doméstico.

Ofrecióle Eulenspiegel sus servicios, pero a condición de que le enseñase el otro su arte. Y una vez puestos de acuerdo, díjole el rapabarbas indicándole un edificio que tenían delante :

—¿ Ves esa espaciosa casa en que hay una celosía pintada de encarnado? Pues entra en ella, que no tardaré en reunirme a ti.

Fuése Till resueltamente a la casa, encaramándose como un mono hasta llegar a la celosía, la que agujereó para penetrar en el

edificio, después de romper los vidrios de la ventana.

Asustada la esposa del barbero al oír el ruido, subió a escape la escalera, quedando muda de sobresalto al ver lo acaecido. Tranquilizóla Eulenspiegel, diciéndola que había entrado de aquella forma obedeciendo a una orden de su marido, al cual, según conviniere, tenía que esperar allí

Aunque contrariado el barbero por lo mal que interpretara su orden, no le arrojó inmediatamente de casa accediendo a los ruegos de nuestro héroe, que prometió servirle con solicitud y fidelidad.

Sin embargo, sólo dos días condújose formalmente y a satisfacción del amo. Al tercero, éste le mandó afilar una navaja, diciéndole :

—Ten en cuenta que no corta nada.

Al oírlo ocurriósele al sempiterno burlón una malévola idea, que inmediatamente puso en práctica. Afiló la navaja hasta por el dorso, presentándola luego sonriente al barbero. El cual, enfurecido, díjole que por qué había hecho semejante atrocidad.

Replicóle Till :

—Como me dijisteis que no cortaba «nada», la he afilado por todas partes, ya que así, cuando se melle un filo, puede servir por el otro. He supuesto que eso era lo que deseabais.

Sin caer en la cuenta de que se estaba mostrando de él, díjole el barbero :

—¿Pero no comprendes que le hiciste mal?

A lo que Till replicó :

—¿Cómo queréis que le haya hecho mal, si carece de sensación?

Harto ya el rapabarbas de tanta burla, díjole colérico :

—¡Ya te estás yendo por donde viniste!

Lo cual oído por Eulenspiegel, dirigióse resueltamente a la celosía, y rompiéndola otra vez, así como los vidrios, saltó a la calle.

Salió el barbero en su persecución ; y, no habiendo podido echarle mano, dió parte a la autoridad para que lo detuvieran, lo que no pudo realizarse porque Till había abandonado la ciudad, ocultándose en una embarcación que zarpó a los pocos minutos.

* * *

Algún tiempo después tuvo la suerte de entrar al servicio del pendenciero conde de Anhalt, quien le dió el cargo de vigía de la principal atalaya.

Cierto día, que por descuido de la servidumbre no le llevaron de comer, vió acercarse las huestes de un noble señor vecino, las cuales, poniendo en fuga a los pastores, apoderábanse del ganado. Y, a pesar de la gravedad que el hecho revestía, Eulenspiegel no hizo sonar el cuerno en señal de alarma, por lo cual ciertamente habrían sido cogidos de improviso los guerreros del conde, a no haberles prevenido los pastores fugitivos.

Comunicada que le fué la nueva al señor de Anhalt, salió sin perder un minuto con su mesnada, logrando derrotar al enemigo. Y cuando regresó a la señorial morada increpó a Till, diciéndole :

—Habré de destituirte, pues atalayan mal los distraídos.

—Señor—replicó Eulenspiegel desde arriba—; yo ya ví al enemigo; pero hallándome en ayunas, me faltaron fuerzas para soplar.

El conde, que comprendió lo acaecido, or-



... hizo de repente sonar el cuerno...

denó le subieran de comer, lo que se hizo al punto.

* * *

Al otro día celebrábase en el castillo la victoria con un festín, mientras nuestro héroe, sólo en la atalaya, discurría la manera de poder llenar el estómago a su satisfacción. Para ello, hizo de repente sonar el cuerno anunciando la presencia del enemigo. Con que al oirlo el conde y sus comensales, ciñendo las armas salieron a toda prisa, dejando la mesa cubierta de manjares.

Una vez comprobada la falsa alarma, regresaron para terminar el festín, encontrando, con el consiguiente disgusto, los mejores platos mermados.

Como infundiera sospechas el vigía, fué interrogado acerca de ambos delitos. Confesó Eulenspiegel ser el autor de ellos, aunque no culpable, pues al dar la señal de alarma, movióle el deseo de reparar el olvido del día anterior, y en cuanto a catar los manjares, lo hizo creyendo no querrían comer más.

Aunque resolvió el conde destituirlo como vigía, conservólo en calidad de soldado, cre-

yendo era valiente, y le destinó a la infantería.

Desde el primer combate púdose observar que Eulenspiegel era siempre el último en las líneas de ataque y que, en cambio, figuraba al regreso en la vanguardia.

Nuevamente fué por ello interrogado.

Y contestó :

—Me quedo rezagado porque aun estoy desfallecido de resultas de los días que me hicisteis ayunar en la atalaya.

—¡ Pero he podido notar que no te faltan fuerzas al regresar, grandísimo cobarde!— exclamó el conde.

A lo que Till, con aplomo, replicó :

—Como salís siempre victorioso, la idea del festín que nos aguarda, me da ánimos para correr.

Al conde no le convencieron estas excusas y explicaciones, y sin miramiento alguno fué arrojado del castillo.

* * *

Habiendo llegado a oídos de Till que por aquellos contornos habitaba un duque que deseaba decorar los muros de sus salones, en-

caminóse a la morada del gran señor, donde se presentó como un pintor afamado, mostrándole como obra suya un lienzo que trajera de Flandes.

Satisfecho quedó el duque al ver aquella pintura, encargando, en consecuencia, a nuestro tunante la ejecución de lo que deseaba, ofreciéndole darle por adelantado cuatrocientas monedas de oro, y otra cantidad igual a la terminación de la obra.

Aceptó Eulenspiegel, y diciendo que inmediatamente iba a dar comienzo al trabajo, fué-se en busca de tres presuntos ayudantes, a los que ofreció un salario mientras los tuviera a sus órdenes, sin más ocupación que comer, dormir y jugar a los dados en una habitación. Y después de percibir el adelanto, Till se encerró con ellos.

Transcurridos algunos días, el duque llamó-le y le dijo :

—Estimadísimo maestro, siento los más vehementes deseos de ver vuestra obra, aun antes de estar terminada.

Till, después de hacerse rogar un buen rato accedió ; pero, socarronamente, advirtió al

dueño del palacio que, por arte de magia o de alquimia, el que no era entendido en la materia nada podía ver.

Oyendo esto, dijo el duque :

—En verdad, fuera eso una maravilla nunca igualada.

—Pues ahora os convenceréis.

Y se hizo acompañar donde había instalado el taller de pinturas, que así podía llamarse al salón por el sinnúmero de pinceles, botes de colores, paletas, escaleras y demás utensilios que lo llenaban.

Al pasar el dintel, díjole nuestro héroe, indicándole una amplia tela blanca fija en la pared :

—¡ Mirad, señor !

Y se puso a describirle las imaginarias figuras con tanto detalle y precisión, que el magnate, aunque nada veía, no atreviéndose a confesar lo que hubiera significado ignorancia, felicitóle calurosamente por el acierto.

De regreso en sus habitaciones, refirió el duque lo acaecido a su mujer, y ésta, que era muy competente en materia de pintura, quiso a su vez cerciorarse, yendo con sus damas

y una prima algo chiflada a ver el efecto que les producía el lienzo.

Recibiéndolas ceremoniosamente, Till les dió las mismas explicaciones que al duque, por lo cual admiraron la obra dándole mil parabienes, a excepción de la desequilibrada prima de la dueña, que tuvo el buen sentido de decirles :

—Ese hombre se burla del duque y de vosotras ; pero a mí ni él ni nadie me hará creer que en la tela hay una sola figura.

Al día siguiente, convencidos los duques de que el supuesto genial pintor estábales jugando una treta, luego de oír las explicaciones de varios cortesanos que, al igual que sus señores, sólo en blanco veían el lienzo, resolvieron mandar prender a Eulenspiegel ; pero les salió fallido el intento, porque el truhán, que había barruntado que las cosas tomaban mal cariz, habiendo recogido los doblones, huyó. Los perjudicados hubieron de contentarse, por consiguiente, con arrestar a los tres pobretes contratados por Till, que fueron quienes pagaron, como vulgarmente se dice, los vidrios rotos.

CAPITULO VIII

TILL, HOMBRE DE CIENCIA

Para alejarse lo más posible de sus perseguidores fuése Eulenspiegel a Praga. Y una vez en esta ciudad, habiéndosele ocurrido otra jugarreta, hizo saber a los doctores de la Universidad que se ponía a su disposición un sabio berlinés para contestar a las preguntas que tuviesen a bien hacerle, por difíciles que fueran.

Aceptaron los doctores, ofreciéndole una crecida cantidad si resolvía con acierto solamente cinco problemas que tendrían a bien plantearle.

El día fijado y en el paraninfo de la Universidad, sentóse Till frente a los doctores.

En medio de un silencio profundo, levantóse el rector y le preguntó :

—¿Cuántas gotas de agua hay en el mar?

A lo que Eulenspiegel, poniéndose en pie a su vez, contestó sin rodeos :

—Traédmelo y las contaré.

La segunda pregunta fué :

—¿Cuántos días han transcurrido desde Adán y Eva?

—Siete—contestó resueltamente Eulenspiegel—, pues nunca ha dejado de ser lunes, o martes, o miércoles, o jueves, o viernes, o sábado, o domingo.

Comprendieron los doctores que tenían que habérselas con un hombre difícil de derrotar. Sin embargo, siguieron preguntándole :

—¿Dónde está el centro de la tierra?

—¡Aquí! Precisamente en el de esta sala.

Y si no os parece exacto, comprobadlo.

Aunque un tanto amoscados, los doctores no se dieron por vencidos, diciéndose que el audaz sujeto claudicaría sin duda en alguna de las preguntas que aun quedaban. En consecuencia, hicieronle la siguiente :

—¿Está muy lejos de nosotros el cielo?

En tono sentencioso, contestó Till :

—Tenemos el cielo muy cerca, puesto que desde él se oye hablar a los mortales. Subíos allí, y con seguridad me oiréis.

Conservando todavía alguna esperanza, si- quiera fuese muy poca, los doctores le hicieron la quinta y última pregunta :

—¿Qué tamaño tiene el firmamento?

Eulenspiegel respondió con indescriptible énfasis :

—La bóveda celeste mide diez mil codos de alta por quince mil de ancho. Y si no lo creéis, juntad lo que contiene y medidlo.

El rector de la Universidad, con los demás doctores que formaban el tribunal, hubieron de retirarse, declarándose vencidos. Pero, condolidos por la cantidad que se vieron obligados a dar a nuestro héroe, más que por la derrota en sí, querelláronse ante los tribunales, por cuya razón Till juzgó prudente poner tierra de por medio, y huyó más que a escape de Praga.

* * *

Persiguiendo un negocio semejante al reali-

zado en esta ciudad, dirigióse Till a la de Erfurt, donde hizo saber a los Catedráticos de la Universidad que él comprometíase a enseñar a leer a la criatura más desprovista de inteligencia.

Sabedor el claustro universitario de lo acaecido en Praga, determinó habérselas con Eulenspiegel, prometiéndose derrotarlo, y al efecto comunicaron a Till le enviarían un asno para que le enseñase a deletrear.

No protestó Till del alumno que se le designaba, y cerrando trato con los profesores de la Universidad, adquirió un antiguo y voluminoso librote.

Colocó entre sus roídas hojas granos de avena y acercólo al hocico del jumento. Este, que olía el grano, volvía las hojas con la lengua e iba comiéndose la avena; y cuando ya no encontraba más, levantaba la cabeza lanzando un «¡ I ! ¡ A !».

Juzgando Eulenspiegel que ya era llegado el momento de cobrar la primera prima, mandó llamar al rector, y díjole que, como el asno sabía ya dos letras, le rogaba tuviese a bien ir a oírle.



... volvía las hojas con la lengua..

Una vez en la cuadra el catedrático, colocó Till el libro en el pesebre. Al verlo el asno, inmediatamente comenzó a pasar las hojas; y no encontrando granos de avena, gritaba: «¡I! ¡A!, ¡I! ¡A!». En vista de lo cual, el profesor creyó era justo que Till cobrara, y dió orden de que se le pagase la primera de las primas estipuladas.

Pocos días después murió el bueno del rector de la Universidad de Erfurt, lo cual fué una suerte para Eulenspiegel, pues el rucio no pasó del «¡A! ¡I!».

* * *

Encontrándose Eulenspiegel en Zettel, se enteró de que el hospital hallábase atestado de enfermos y no disponía de camas para los que a diario se presentaban.

Barruntando que podía tomar pie de esta circunstancia para embolsarse algún dinero, presentóse al director como un médico afamado, y comprometiéndose a curar a todos los enfermos en veinticuatro horas, por la cantidad global de quinientos escudos.

Aceptóse, naturalmente, la proposición, y nuestro héroe fué visitando a todos los hospitalizados, diciendo a cada uno de ellos al despedirse, después de un detenido examen :

—Me has sido muy simpático, por lo cual voy a darte un consejo, aunque con la condición de que no lo repetirás a nadie. Tengo necesidad de quemar a uno de vosotros, para hacer con sus cenizas un medicamento que os devolverá la salud a todos. Efectuaré la elección de la víctima en el patio del hospital, mañana por la mañana. Desde la puerta de entrada, donde estaré situado, gritaré dirigiéndome a vosotros : «¡ El que esté curado, que salga !». Y el que permanezca en el lecho será la víctima.

Al otro día llamó, en efecto, al Director, y bajando con él al patio, díjole que diera una palmada imponiendo silencio, y entonces él, con voz estentórea, gritó :

—¡ El que esté curado, que salga !

Y al oírle todos los enfermos levantáronse y salieron, dejando completamente vacío el hospital.

El director, asombrado y complacido, en-

tregó a Eulenspiegel los quinientos escudos estipulados.

Huelga decir que antes de las cuarenta y ocho horas habían reingresado en el hospital todos los enfermos, quienes contaron la treta del falso doctor.

Furioso, el director, denunció a la justicia el comportamiento de nuestro héroe ; pero no fué posible echarle mano, pues, según costumbre, Till habíase evaporado.

* * *

Comprendiendo Eulenspiegel que, a causa de las numerosas fechorías realizadas en aquellos contornos, conveníale cambiar de táctica para poder seguir haciendo de las suyas, determinó adoptar un disfraz que le permitiera «trabajar» sin ser reconocido.

Tras maduras reflexiones vistióse de peregrino, y dándose las de santo hizo correr la voz de que recogía limosnas para la reedificación de un santuario. Pronunció varios sermones al aire libre, siendo tal su elocuencia que conmovía al auditorio, por cuya razón le valieron algunos puñados de monedas.

Cierto día acercóse a pedir hospitalidad en una casa de labranza propiedad de una viuda rica, la cual poseía un gallinero magnífico.

Eulenspiegel fué muy bien acogido, recibiendo una limosna importante, con la invitación de pedir para comer lo que quisiera. Rogó le asaran el soberbio gallo blanco que viera en el corral, y que le sirvieron de la mejor gana, siendo tan de su agrado que sólo dejó aquellos huesos que no pudo roer.

Levantóse al rayar el alba y fué al mercado, donde se apoderó de un gallo semejante al que se comiera la víspera, y llevándolo a la casa con el mayor sigilo soltóle en el corral.

Al levantarse la criada salió a éste, según costumbre, y al ver allí el gallo blanco, dando voces fué a enterar del hecho a la señora, teniendo todos por un milagro del peregrino, por lo cual, al despedirse de éste, la viuda le entregó cien marcos más de limosna.

* * *

En vista de que su fama de santo se extendía por aquellos contornos, decidió nuestro héroe seguir explotándola.

En consecuencia, llegóse cierto día a la casa señorial de un rico caballero cuya esposa era muy devota y limosnara. Esta dama, después de oír a Eulenspiegel ponderar las dádivas que recibiera de cuantos con él conversaban, hizo-le donación sin contar con su marido, que estaba ausente, de una pieza de brocado de gran valor.

Al llegar el caballero y enterarse de lo acaecido, enfurecióse, y con la esperanza de poder dar alcance al truhán de Till, vistió la armadura, montó a caballo y salió en persecución suya.

Nuestro héroe, que se encontraba en un bosque sentado junto a una hoguera, pues hacía bastante frío, divisó al jinete, y comprendiendo a lo que iba, metió apresuradamente unas ascuas entre los dobleces de la pieza de brocado, de suerte que ésta pudiese inflamarse.

Acercándosele, el caballero reprochóle su indigno proceder, y haciéndose devolver la pieza de brocado, espoleó a su cabalgadura; mas, apenas hubo dado unos pasos, echó de ver que se convertía en llamas la pieza del

rico tejido. Pasmado ante el hecho creyólo un milagro, y contrito y arrepentido volvió en busca del peregrino para llevarlo de nuevo a su morada, escoltándole durante todo el camino y haciéndole dispensar a su llegada la más brillante recepción, de resultas de lo cual recogió Till quinientos marcos, que le entregó el caballero, más otros obsequios de varios señores vecinos, a quienes conquistó su aspecto de santidad.

* * *

Dispuesto a explotar aquella mina hasta agotarla por completo, Eulenspiegel siguió recorriendo aquella comarca vestido de peregrino.

Cierta tarde detúvose en casa de un rico labrador cuyas tierras abarcaban mucha extensión de terreno. Al entrar, vió en el patio un estanque, el cual, a pesar de sus crecidas dimensiones, no tenía peces.

Habiéndolese antojado que de tal circunstancia podría sacar provecho, echó en él sin ser visto unas truchas que a prevención lle-

vaba en una vasija, que ocultaba bajo sus ropas.

Llegada la hora de la cena rogó le sirviesen, si no era molestar demasiado, un poco de pescado frito. Pesarosos dijéronle que no podían complacerle, pues el río encontrábase muy distante. Significóles entonces Eulenspiegel que si echaban una red pequeña en el estanque, seguramente pescarían. Obedeciéronle, aunque sin esperanza, y con general sorpresa sacaron las consabidas truchas.

Valióle a Till este «milagro» una bolsa con veinte escudos, con los cuales quedó llena por completo lo que él llamaba «caja de las limosnas».

Logrado, pues, su propósito, y comprendiendo que pronto decaería su fama de santidad, resolvió desaparecer de aquellos lugares antes que se descubriera su engaño y se le aplicara el merecido castigo.

CAPITULO IX

COMO SE ENMENDABA TILL

Abandonando el traje de peregrino, salió, pues, Eulenspiegel para Erfurt, donde pensaba gastarse tranquilamente lo recogido dándose las de santo, sin cometer más granujadas ni hacer a nadie jugarretas de mal género. Mas no perduraron sus buenos propósitos, pues en cuanto presentóse la ocasión volvió a las andadas. Disponiendo de dinero en abundancia hacía pasar por estudiante rico, de manera que empleaba exclusivamente el tiempo en divertirse y pasear.

Aconteció, pues, que una mañana, habiendo entrado en el mercado, al pasar junto a la mesa de un carnicero, díjole éste :

—¡Mirad qué solomillo tan hermoso! Tomadle.

Asintiendo a la entusiástica frase del vendedor, Till cogió el solomillo, lo envolvió y llevóselo sin decir palabra.

Furioso, el carnicero echó a andar tras él, diciéndole a voces que le pagase en seguida, a lo que Eulenspiegel contestó:

—Dijisteis que me lo llevase, y así lo he hecho.

El corro que al oír la gritería se formara, soltó al escuchar esto, una risotada que el carnicero interpretó como una burla a sus expensas, y la emprendió contra unos y otros, en tanto nuestro héroe evaporábase con la carne.

Al otro día volvió al mercado y paróse en el mismo sitio. El carnicero, desafiándole con la mirada, hízole la misma proposición de la víspera; pero, al alargar Eulenspiegel la mano, él retiró el solomillo.

—Hacéis mal en recogerlo—dijo Eulenspiegel—, pues prométoos no tomarlo sin antes pagaros lo que valga.

Dejólo el carnicero en su sitio; pero poniendo la mano encima.

Sin darse por ofendido, preguntó Till :

—Si os digo una frase en verso que os satisfaga, ¿me lo daréis?

—Indudablemente—respondió el carnicero, que tenía el propósito de no declarar que le gustase, aunque fuera de su agrado.

—Entonces—dijo Till—, ahí va la frase :

El que algo quiera comprar,
antes lo debe pagar.

—¡Ciertamente que me gusta ese *dicho*!— exclamó entusiasmado el vendedor—. Pero aún me gusta más el *hecho*.

Apoderándose del solomillo, dijo Eulenspiegel entonces :

—Señores : todos sois testigos de que ha declarado gustarle el *dicho* ; por consiguiente, realizaré el *hecho*.

Y, sin esperar más, salió a escape de la plaza del mercado, llevándose el nuevo solomillo.

* * *

Hospedábase Till en uno de los mejores me-

sones de la ciudad, al cual llegaron a la noche siguiente, cuando todo el mundo estaba ya recogido, tres mercaderes montados en sendos caballos.

Acudió el posadero a abrirles, un tanto amoscado, diciéndoles no era corriente pedir alojamiento a hora tan avanzada. A lo que respondieron ellos que así lo comprendían, pero que habíales retrasado el encuentro inesperado de un lobo en el bosque.

Echándose las de valiente el posadero, que era hombre muy jactancioso, les dijo :

—Si yo me hubiese hallado en vuestro lugar, no me hubiera asustado poco ni mucho, pues aunque los lobos hubieran sido dos, habríalos dado muerte.

Y continuó haciendo alardes de valor y reprochándoles lo que él consideraba acto de cobardía.

Till, que prestaba oído sin tomar parte en la conversación, en cuanto vió alejarse al posadero, acercóse a los comerciantes y se les ofreció para vengarles de las burlas del bravucón, enterándoles del plan que, al efecto, había ideado.



... tal fué el susto...

Luego de hacer tratos y convenir en que, si lograba lo que se proponía daríanle cierta cantidad, tomó Eulenspiegel sus armas y salió al bosque en busca de un lobo, que halló hacia la madrugada, derribándolo de un tiro. Lo desolló en el bosque mismo y con el pellejo del animal al hombro regresó a la posada, entrando sigilosamente en la habitación de los negociantes.

Una vez allí armó con unos palos aquella piel, poniéndole en la boca un zapato; guardáronle escondido todo el día, y a media noche, reinando la más profunda obscuridad en el mesón, bajó a la cocina y dejó junto al portal el presunto lobo.

Entonces los comerciantes dijeron al posadero que necesitaban salir antes que amaneciese, por lo cual le rogaban les hiciera preparar el desayuno.

Por mandato del dueño, levantóse la criada y bajó con el velón en la mano a la cocina; pero, como al ir a entrar viera al lobo, tal fué el susto que llevóse que se le apagó la luz, y a tientas refugióse en su cuarto.

Como tardara más de la cuenta en subir, el

posadero llamó al mozo, que dormía en la cuadra, ordenándole que fuese a darla prisa. El muchacho cogió el candil y entró resueltamente en la cocina ; pero al ver al que él, como la criada, creyera lobo viviente, huyó corriendo hacia la bodega, metiéndose en una pipa vacía.

El mesonero, contrariado al observar que los huéspedes se impacientaban, determinó bajar él mismo ; pero reparando, al entrar, en la supuesta fiera, encaramóse a una escalera de mano y desde allí se puso a gritar :

—¡ Socorro ! ¡ Favor ! ¡ Hay en la cocina un lobo gigantesco que se ha tragado a los criados y ahora trata de devorarme ! ¡ Auxilio ! ¡ A mí !

Acudieron Eulenspiegel, los comerciantes y demás huéspedes que en la casa había ; y delante de todos, dió Till un puntapié al «feroz animal» y dijo :

—¿ Tanto temor os causa un lobo muerto, mientras que ayer decíais ser capaz de descuartizar vivo no a uno, sino a dos, si dos os atacaran ?

Más corrido que una mona, no supo el me-

sonero qué responder, y viendo que todos se le mofaban, desapareció de la cocina y fuése a su habitación, donde permaneció encerrado un día entero.

Reconociendo los mercaderes que Eulenspiegel habíase excedido en el cumplimiento de lo pactado, recompensáronle con esplendidez.

* * *

Su glotonería condujo a Till a enfermar del estómago, recomendándole entonces el médico se abstudiese de comer carne. En consecuencia, hacíase servir para sustituirla un par de huevos pasados por agua.

Uno de los huéspedes jugóle cierto día el bromazo de beberse los huevos antes que llegara al comedor, por lo cual Till encontróse sólo las cáscaras al ir a tomarlos.

Contra lo que esperaba el «gracioso» nada dijo nuestro héroe; pero, a la hora de la cena, presentóse con una manzana rellena de picadillo de carne, con el que había mezclado algún vomitivo machacado.

Cuando, aparentemente, disponíase a comérsela, pretextando haber olvidado algo salió, según dijo, por un instante. Y a su regreso encontróse con que su vecino, el que se bebiera los huevos, hábale dejado asimismo sin manzana.

En vez de incomodarse, Eulenspiegel paróse delante de él y se echó a reír. Furioso levantóse el bromista; pero súbitamente acometiéronle náuseas, seguidas de vómitos y dolores tan agudos, que le hicieron perder el sentido. Cuando volvió en sí, díjole Till:

—No os imaginéis que la manzana estaba envenenada; sólo contenía un preparado a propósito para limpiar los intestinos.

A lo que repuso el escarmentado glotón:

—Os juro que, aunque estuviese muriéndome de hambre, y viese un capón en vuestro sitio, no se me ocurriría catarlo.

* * *

Encontrándose Till en Wismar, visitó esta población un tratante en caballos que, en cuanto le presentaban uno, tirábale de la co-

la, y si la encontraba poblada y resistente, quedábase el animal.

Queriendo Eulenspiegel hacer negocio, pidió prestado un caballo y, después de engancharle muchas crines en la cola, fué a ofrecérsela al mentado negociante.

Este, según su costumbre, tiróle de la cola, quedándose, naturalmente, con las crines postizas en la mano.

Protestó Till del hecho, afirmando que le había desgraciado el caballo, y con la aprobación de los curiosos que les rodeaban, le obligó a darle diez escudos en concepto de daños y perjuicios, negándose además a venderle el jamelgo.

CAPITULO X

DE UN PAIS A OTRO

Enterado Till de que el rey de Dinamarca, sin hacer distinción de clases, sentía especial predilección por aquellos de sus súbditos que tenían fama de poseer un carácter jovial y comunicativo, determinó presentarse a él en demanda de que le diera ocupación en palacio.

Benévolamente acogióle el monarca, dándole marcadas muestras de simpatía, en prueba de las cuales recibió espléndidos regalos en metálico, trajes, armas y otros objetos de valor.

Viéndose tan agasajado, no escatimaba Eulenspiegel medio ni ocasión de significarse, diciendo o haciendo cuanto podía divertir al soberano.

Este le llamó un día y díole :

—Toma mi caballo favorito y llévalo a herrar ; pero ten presente que quiero que sea el que mejores herraduras lleve en la población.

—Señor—asintió Till—, si es vuestro deseo, así mandaré que se haga.

A lo que replicó el soberano :

—Tú atente a mis instrucciones.

Deseoso de cumplir el mandato, cogió Till al animal y llevólo a casa de un platero, al que encargó hiciera unas herraduras de oro con clavos de plata, diciéndole que así las quería el rey para su caballo predilecto.

De vuelta en palacio, presentóse Eulenspiegel al rey, y al notificarle haber cumplido su encargo, rogóle se sirviera ordenar al tesoro le entregase los cuartos para pagar al platero a quien confiara la ejecución de las herraduras.

—¡Cómo!—exclamó el rey—. ¿El platero dijiste?

—Ciertamente, Señor — contestó Till—, pues las tales herraduras son de oro.

—¿Y por qué?—replicó el monarca.

—Pues ateniéndome a las instrucciones de

Vuestra Majestad, que dijo quería fuesen las mejores de la población. Y me parece que, en efecto, llevándolas de oro no tendrá quien le supere... ni aun le iguale—terminó Eulenspiegel, sonriendo socarronamente.

El rey ordenó al punto el pago de las herraduras y celebró con sus cortesanos la agudeza de nuestro héroe.

Este continuó en palacio hasta la muerte del monarca, siendo entonces despedido sin contemplación de ningún género.

* * *

Poco tiempo después de dejar Till la corte sintióse enfermo, a causa de lo cual y por prescripción facultativa, retiróse a un pueblo que poseía un manantial de aguas minerales indicadas para la dolencia que le aquejaba, pero a cuyos moradores se les tenía en poca estima, por disfrutar de una fama pésima.

Pasados los días de tratamiento, fué un día Eulenspiegel de paseo a la orilla del río, donde tomando un puñado de guijarros púsose a sembrarlos en un campo situado a la

entrada del lugar. Un grupo de aldeanos que regresaban de las agrícolas tareas, viéndole al pasar le preguntaron qué era lo que sembraba.

Respondióles Till :

—Siembro tunantes.

Los campesinos, siguiendo la que se les antojó broma, replicáronle :

—¿Por qué no sembráis hombres honrados?

A lo que repuso Eulenspiegel :

—Porque en esta aldea no medran tales plantas.

Enfurecidos los labriegos al comprender la indirecta, con aire amenazador expulsáronle del pueblo. Y Till logró de tal suerte lo que se propusiera, es decir, marchar sin pagar ni tratamiento de aguas ni hospedaje.

* * *

Viajando Eulenspiegel en un carro, que aprovechando un descuido de su dueño había apañado en el camino que conducía a Celle, divisó el castillo de un duque con quien tenía

antiguos resentimientos, por haberle arrojado el caballero de sus tierras, con prohibición de volver a pisarlas. Ocurriósele entonces, valiéndose de su agudeza y su astucia, encontrar medio de que el señor de aquellos dominios viera que tornaba a entrar en sus tierras sin que tuviese derecho a impedirselo.

A poca distancia del sitio en que se hallaba divisó un campesino que ocupábase en arar. Acercósele y preguntóle de quién era aquel campo, respondiéndole el aldeano que le pertenecía.

—En tal caso—dijo Till—, supongo querréis venderme un poco de tierra que he menester.

Accedió el aldeano, y habiendo satisfecho Eulenspiegel el importe de la compra, llenó con la tierra comprada el carro, se acurrucó en él de modo que le cubriese aquella tierra, dejando al descubierto la cabeza solamente. Puso entonces el caballo al trote largo y entró resueltamente en los dominios del duque, llegando hasta los muros del castillo.

El dueño de éste, que con su séquito regresaba de una cacería, díjole al reconocerle :

—Teníate dicho que no pisaras nunca más mis tierras.

—Lo recuerdo muy bien—replicó Eulenspiegel—. Mas he de advertiros que no estoy en las vuestras, sino en las mías, que acabo de comprar.

El duque, en tono severo, repuso :

—¡ Te ordeno que dejes al punto tu tierra y la mía !

—Perfectamente, señor—asintió Till.

Y descendiendo del carro montó en el caballo, a la vez que agregaba :

—Salgo de la vuestra y ahí dejo la mía, por lo cual unida a la tierra del noble duque queda la de Eulenspiegel.

* * *

Impulsado por su espíritu aventurero prosiguió nuestro héroe su viaje, prolongándolo hasta Roma. Una vez en esta ciudad, alojóse en un mesón a cuya dueña no debió inspirar mucha confianza, pues le preguntó de dónde venía y a qué había ido allí. Contestóle Eulenspiegel lo primero que se le ocurrió, es de

cir, que era sajón y que le llevaba a Roma el exclusivo propósito de ver y hablar al Padre Santo.

—Amigo—díjole la posadera—, lo que pretendéis es más difícil de lo que parece, pues ver al Papa cuesta mucho trabajo, y hablar con él es punto menos que imposible. Yo, que he nacido aquí y no me moví nunca de Roma, no pude lograrlo aún ; y eso que tengo de conversar con Su Santidad tales deseos, que gustosamente diera cien ducados por conseguirlo.

—Pues a pesar de cuanto habéis dicho, yo le hablaré, y aun atreveríame a hallar medio de procuraros la satisfacción de conversar también con él, si me dais palabra de que una vez satisfecha vuestra aspiración me entregaréis los cien ducados.

—¡ Con mucho gusto !—exclamó la mesonera—. Aunque debo advertiros que no doy mucho crédito a la oferta de un pobre diablo como vos.

Pasaron algunos días sin que Till encontrara medio ni ocasión para lograr su propósito : pero al fin pudo averiguar que el Papa celebraba cada cuatro semanas en determina-

da Capilla. Fuése allí el día designado, y en cuanto vió que iba a dar principio al oficio divino introdújose en la capilla y se colocó de espaldas al altar.

El Pontífice no se dió cuenta de tamaña irreverencia, porque cada vez que se volvía de cara a los fieles para dar la bendición, Till, con rápido movimiento, poníase de frente.

Algunos cardenales que repararon en el proceder incorrecto e irrespetuoso de Eulenspiegel, seguidamente pusieron en autos al Papa.

Este condolióse del hecho ; mas, confiando en que sus palabras harían entrar en razón al que osaba dar público escándalo en el templo, ordenó trataran de conducirle a su presencia.

Poco trabajo costó el lograrlo, pues Till, que no deseaba otra cosa, accedió inmediatamente a seguir a los que se lo mandaron.

Una vez ante el Santo Padre, éste le preguntó :

—¿ Qué clase de hombre sois y qué ideas profesáis ?

A lo que contestó Eulenspiegel :

—Santísimo Padre, soy creyente.

—Pero, ¿cuáles son tus creencias?—insistió el Papa.

—Profeso las mismas que mi patrona—respondió enigmáticamente Till, que indicó las señas del mesón en que estaba alojado.

En vista de lo poco explícitas que eran las explicaciones de nuestro héroe, llamóse a la mesonera, la cual, una vez en presencia del Pontífice, hizo profesión de fe, declarando que creía cuanto la Iglesia mandaba, y que gustosa y sumisa cumplía sus santos preceptos.

Eulenspiegel, a su vez, luego de hacer un sinnúmero de genuflexiones, dijo:

—Santísimo Padre, yo también soy ferviente cristiano, y creo todo cuanto la Santa Iglesia declara dogma de fe.

—Entonces, ¿por qué das la espalda al altar cuando se celebra misa?—díjole el Papa.

A lo que Till, gimoteando, contestó:

—Padre Santísimo, débese eso a que, siendo tan gran pecador, no me atrevo a mirar al altar.

El Papa, conmovido por la sinceridad de las palabras de Till, que en realidad, por la primera vez en su vida éranlo realmente, ex-

hortóle con sabios consejos, asegurándole se desvanecerían sus temores después de una buena confesión, con la que lograría la paz de que disfrutaban los que tienen la conciencia tranquila.

Despidióse Eulenspiegel con una reverencia, diciendo que se marchaba satisfecho.

Y no mentía, pues además de que, sintiéndose buen cristiano, en medio de sus travesuras, el corazón se le ensanchaba, a los pocos minutos embolsábase los cien ducados que le valió su treta.

* * *

De nuevo en Alemania, determinó Eulenspiegel ir a visitar al obispo de Bremen, a cuyo servicio estuviera algún tiempo, sabedor de que recordábale con nostalgia, por haberle caído en gracia su ingenio y travesura.

Conforme esperaba, fué muy bien acogido en el Palacio Episcopal, comentándose allí favorablemente todas sus agudezas.

Entreviendo ocasión de lucrarse, dijo un día Till al obispo :

—Habéis de saber, Ilustrísimo Señor, que yo he estudiado magia negra, habiendo llegado a ejecutar por su mediación prodigios asombrosos, de uno de los cuales quisiera fueseis testigo. En consecuencia, si tenéis a bien seguirme hasta el mercado, podréis ver cómo la vieja vendedora de alfarería que tanto estima su mercancía, merced al influjo de mi encantamiento cogerá su bastón y golpeará con él los cacharros hasta hacerlos polvo.

—En verdad gustárame verlo, aunque no lo crea posible; tanto es así, que contra ello apostaría treinta escudos sin temor de perderlos; y como nada va a costarme esa satisfacción y el darte a ti ese gusto, te acompañaré con mis familiares.

Habiendo aceptado la apuesta del obispo, Till, previendo que todo acaecería tal como ocurrió, habíase puesto previamente de acuerdo con la vendedora, comprándole todos los cacharros a condición de que los rompiera al hacerle él una seña determinada.

Seguro, pues, de su éxito, llevó al obispo y su acompañamiento a la plaza del mercado, para que desde las ventanas de una casa

de enfrente presenciaron el extraordinario suceso que iba a tener efecto.

Una vez todos acomodados, Eulenspiegel, después de abrir desmesuradamente los ojos fijando la mirada en la vendedora, extendió los brazos y se puso a articular palabras vagas, hasta lograr hacer con disimulo la seña convenida.

Y al notarlo, la vendedora levantóse, cogió su bastón y fingiéndose presa de singular exaltación, golpeó los cacharros hasta que todos estuvieron rotos; lo cual, aunque al principio fué presenciado con el consiguiente asombro, terminó haciendo reír francamente a los circunstantes.

Cumpliendo lo convenido, el obispo entregó a Eulenspiegel los treinta escudos apostados, luego de obligarle a descubrirle la treta. En el Palacio Episcopal fué luego ésta explicada, comentada y reída por todos, principalmente por Su Eminencia, que al apostar con Till no tuvo otro objeto que regalarle, pues sabía que perdería, unas cuantas monedas de plata.



¡... golpeó los cacharros hasta que...

CAPITULO XI

ULTIMAS TRAVESURAS Y MUERTE DE TILL

Encontrándose Till en Jüenberg entró en una cervecería. Al reconocerle, un antiguo camarada que bebía allí con otros compinches, y que era fabricante de pipas de fumar, dijo a los que le rodeaban :

—Ahora veréis qué bromazo le doy a ese, que se las echa de muy listo.

Y hablando de esta suerte se levantó y fué al encuentro de Eulenspiegel, a quien aseguró que le producía verdadera satisfacción el volver a verle, añadiendo :

—Supongo no tendrás inconveniente en venir mañana a comer a casa, si puedes.

Aceptó Till, sin sospechar el doble sentido de la invitación ; pero al día siguiente, al ir

a casa de su amigo y encontrarse con que puertas y ventanas hallábanse cerradas, sin que por más que llamó nadie le contestara ni saliera a abrirle, comprendió por qué su camarada habíale dicho «si puedes».

Como no quisiera por el momento demostrar enojo, retiróse de aquellos parajes en actitud pacífica, aunque con el propósito de no desperdiciar la ocasión de desquitarse.

Pocos días después cruzóse en la calle con el fabricante de pipas en el momento en que éste disponíase a entrar en su tienda. Deteniéndole con un gesto, dijo el bromista a Till :

—Te estoy muy reconocido, pues aunque te ofendió la jugarreta del otro día no lo has demostrado. En consecuencia, para desagraviarte, quisiera tenerte *a ti solo* hoy mismo en mi casa.

Nuestro héroe, que en ello vió la ansiada ocasión de vengarse, ofreció acudir sin falta.

Efectivamente, una hora antes de la convenida presentóse en casa de su amigo, encontrando a la dueña y la criada ocupadas en los quehaceres culinarios.

Muy sorprendidas quedaron al ver que tan-

to se adelantaba el invitado ; y mayor fué su extrañeza cuando éste les dijo que iba, de parte del dueño, a ordenarles fuesen al punto las dos a la tienda, pues tenía necesidad de verlas para algo urgente, ofreciendo él entre tanto guardar la casa.

Sin sospechar la burla marcháronse las dos a escape.

Viéndolas llegar, el de las pipas dijo a su esposa :

—¿Qué sucede que venís tan sofocadas?

Respondióle la mujer :

—Eso nos lo dirás tú, que con urgencia nos has mandado venir, por medio de tu amigo Eulenspiegel.

Al oír a su esposa, y comprendiendo que Till se disponía a vengarse, corrió a su casa, diciendo a las dos mujeres :

—Algo no muy grato nos aguarda. Seguidme aprisa.

No se equivocó en sus suposiciones, pues llegados a su domicilio no pudieron transponer el umbral, por hallarse cerrada la puerta.

Cuando hubieron dado repetidos golpes con el llamador, asomóse Eulenspiegel.

Preguntáronle al verle qué se proponía negándoles la entrada.

—He cerrado—respondió Till—para evitar que entren importunos, pues me dijiste que deseas estuviese *yo solo* en tu mesa, y de entrar alguien no se cumpliría tu anhelo.

Dicho esto cerró nuevamente la ventana, dejando siguieran los dueños en la calle de plantón, hasta que determinaron refugiarse en casa de unos vecinos.

Ya muy entrada la noche Eulenspiegel abandonó la casa, luego de haber vaciado la despensa y con la tripa a punto de estallar.

* * *

La enfermedad crónica que padecía Eulenspiegel agravóse de tal manera en el viaje que hizo de Mariental a Möllu, que a su llegada hubo de ingresar en el hospital del Espíritu Santo.

Notando la religiosa que lo cuidaba que de día en día la enfermedad hacía progresos, procuraba con sanas advertencias y dulces frases inducirle a que se confesase.

Till, aunque buen cristiano, bromista siempre y no creyéndose tan grave, no se daba por aludido, hasta que un día, como insistiese la enfermera, le dijo :

—No tengo necesidad de confesarme, pues «si bien el Espíritu Santo no mora en mí por tal causa, yo moro en El».

La religiosa seguía, sin embargo, exhortándole, haciéndole ver que cuando se está en el trance en que él se hallaba, lo único que sirve de consuelo e infunde tranquilidad, es el haber alejado todo remordimiento.

Tampoco estas atinadas observaciones convencieron a Eulenspiegel, quien aseguraba que no le atormentaba ninguno de los actos de su vida, y solamente le pesaba no haber seguido su inclinación en tres ocasiones :

Una de ellas, siendo aún niño, al hacer notar a un labriego que le asomaba la camisa por detrás, pues en lugar de avisarle dolíale no habérsela cortado, ya que el tal campesino, en vez de agradecer la indicación, le atizó un estacazo.

Otra fué el mirar impasible cómo cierto su-

jeto limpiábase los dientes utilizando el cortaplumas, pues en vez de presenciarlo tranquilamente, debió darle con el puño en la barbilla, para quitarle de una vez tan repugnante costumbre.

Y, por último, lamentaba muy de veras no haber cortado la lengua a cuantas mujeres charlatanas conoció en su vida, pues tenía la certeza de que todas ellas sólo servían en el mundo para armar trapatuestas con su verbosidad.

La pobre religiosa, contristada, viendo que no podía persuadirle, le replicó :

—Con gran dolor de mi alma, debe decirnos que temo no veréis el cielo, pues el demonio vendrá seguramente por vos cuando exhaléis el postrer suspiro.

A lo que Eulenspiegel, que, lo repetimos en su descargo, no se consideraba en peligro de muerte, replicó :

—No os aflijáis ni temáis por mí, pues yo moro en el Espíritu Santo, y nada puede el demonio contra El.

Sin embargo, convencido Till a las dos ho-

ras de gastar esta última broma de que su fin se acercaba, confesó y comulgó devotamente, con gran satisfacción de la religiosa, que celebrada derramando abundantes lágrimas de alegría aquella que la pobre imaginábase conversión.

Una vez preparado para comparecer en el tribunal de la penitencia, Eulenspiegel mandó llamar al notario, y cuando le tuvo delante díjole que deseaba se distribuyese su fortuna en la siguiente forma : La parte contenida en su bolsa, que consistía en una buena cantidad de monedas de oro y plata, para el hospital en que estaba y la iglesia del lugar, por partes iguales ; y el resto de sus bienes a sus amigos y al Concejo de Möllu.

Agregó que estos bienes hallábanse encerrados en el cofre de hierro que tenía al lado de la cama, y cuya llave entregó, prohibiendo se hiciese uso de ella hasta cuatro semanas después de ocurrido su fallecimiento.

Mandó también que se le diese cristiana sepultura y, según era costumbre, se celebraran funerales por su alma.

* * *

El mismo día que dictara su testamento al notario, dejó este valle de lágrimas Till Eulenspiegel. Como no se desconocía su especial modo de ser, sin dar cumplimiento en parte a sus últimas voluntades, se abrió el cofre antes del tiempo indicado, encontrándose los que ansiosos habían acudido a repartirse su tesoro, con que éste consistía, exceptuando el dinero dejado a la iglesia y el hospital, en unos cuantos puñados de guijarros.

El enterramiento de nuestro héroe fué cosa extraordinaria ; una vez en el cementerio y ya junto a la fosa en que debía sepultársele, rompióse uno de los brazos de la parihuela en que iba el cadáver, cayendo el ataúd, dentro de la tumba, cabeza abajo.

Los que presenciaron el hecho dijeron al enterrador :

—Dejadle conforme está, pues indudablemente, Eulenspiegel, que fué extraordinario en vida, quiere continuar siéndolo aun difunto.

Obedeció el sepulturero, y ya cubiertos de tierra los despojos de nuestro héroe, colocóse

la losa, en la que habíase grabado un buho y un espejo, por encima del siguiente expresivo epitafio :

Aquí yace
TILL EULENSPIEGEL
Nadie intente
levantar la losa.

Anno Domini MCCCL

